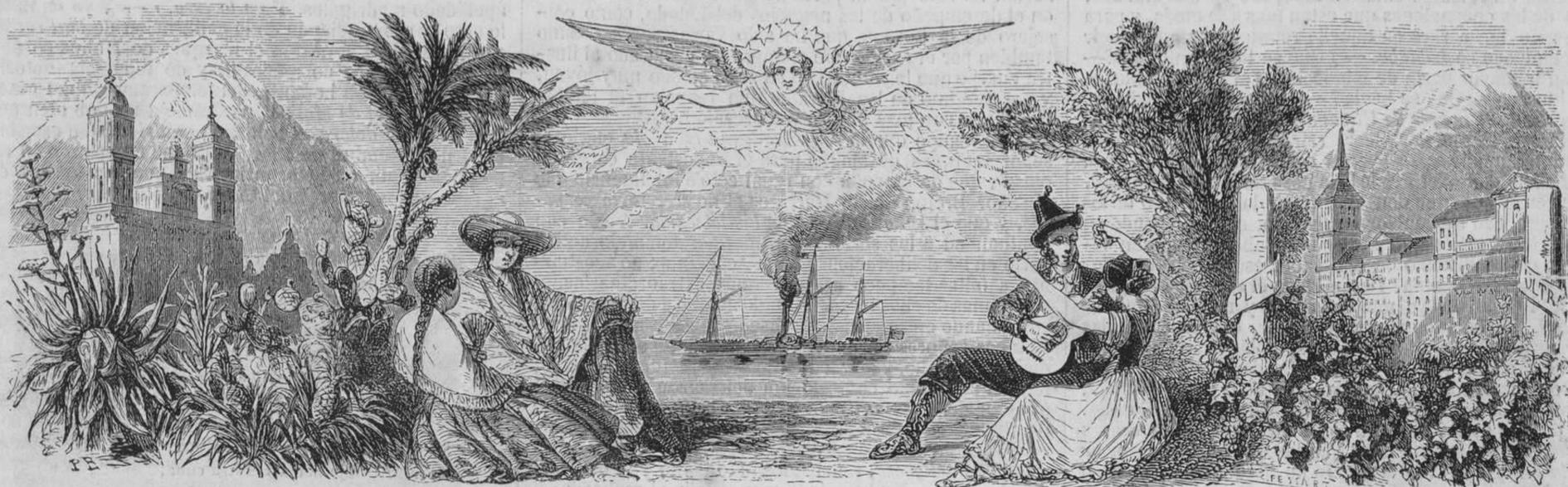


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N.º 513.

SUMARIO.

M. Drouyn de Lhuys; grabado. — Las treinta y seis medallas de la real Academia española. — Lilia. — Instrucción primaria. — El campamento de Beverloo; grabados. — Llegada de la reina de Portugal al puerto de Lisboa; grabado. — Revista de Paris. — Los volcanes. — Las inundaciones de Barcelona; grabados. — La reina de España en Cádiz; grabados. — Una leyenda de Goethe. — Nuevo puente de hierro sobre el Rhin en Maguncia; grabado. — El Magenta, nuevo buque acorazado; grabado. — Exposición de Londres; grabados. — El nuevo Consulado francés en Túnez; grabado. — España en Londres. — El brigandaje en la Italia meridional; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Teatro imperial del Odeon; grabado. — Medalla de la Exposición universal de Londres; grabado.

M. Drouyn de Lhuys.

Eduardo Drouyn de Lhuys, el nuevo ministro de Negocios extranjeros de Francia, nació en Paris el 19 de noviembre de 1805, y pertenece á una familia de la cual algunos miembros se han distinguido en el ejército y en la magistratura. Acabó en Paris sus estudios en el colegio de Luis el Grande, llevando el premio de honor en el concurso general en 1823, y siguió la carrera de derecho. Hijo de un funcionario público, escogió la carrera diplomática, y fué desde luego agregado á la embajada de Madrid en 1830, adonde volvió tambien en 1836 con el título de primer secretario.

En este intervalo habia sido encargado de negocios de la Haya, durante la última cuestion entre Bélgica y Holanda. En 1840 fué nombrado director de Comercio del ministerio de Negocios extranjeros, lo que no le impidió que fuese elegido diputado de Melun en 1842, como opositor del diputado ministerial.

Su oposicion se manifestó mas vivamente en los debates relativos á la indemnización Pritchard en 1845. Votó contra la política del gabinete, y M. Guizot le destituyó, siendo llamado algun tiempo despues en el debate relativo á incompatibilidades á dar explicaciones á la Camara sobre este incidente.

M. Drouyn combatió desde entonces con mayor libertad al gobierno, con sus votos, con sus discursos en la tribuna, y sobre todo tomando una parte activa en el movimiento reformista. Despues de haber pronunciado las palabras mas severas contra la mayoría, se señaló en la discusion tan agitada sobre uno de los mensajes presentados á la Camara.

Nombrado representante en la Asamblea constituyente y en la legislativa por

el departamento de Seine-et-Marne, M. Drouyn formó parte del comité de negocios extranjeros, y fué elegido presidente.

Formó en las filas del partido moderado y votó casi constantemente con la derecha. En el primer gabinete formado por Luis Napoleon, despues de su eleccion para la presidencia (20 de diciembre de 1848) fué llamado al departamento de Negocios extranjeros, tan difícil de di-

rigir á causa de las complicaciones europeas y de los negocios de Italia.

La guerra entre el Austria y el Piamonte, la intervencion de los rusos en Hungría, la revolucion romana y la expedicion contra Roma, provocaron en la Asamblea interpelaciones que le condujeron muchas veces á la tribuna para sostener la política exterior del presidente. Salió del ministerio el 2 de junio de 1849, y fué nombrado al siguiente mes embajador en Londres, de donde fué llamado para volver á tomar, durante algunas semanas, su antigua cartera en el ministerio de transición del 10 de enero de 1851. Cuando el golpe de Estado, el Dos de diciembre, fué designado para formar parte de la comision consultiva, y despues entró en el Senado á ocupar una de las vicepresidencias.

El 28 de junio de 1852, M. Drouyn fué llamado al ministerio de Negocios extranjeros en reemplazo de M. Turgot. Encontró esta vez, además de los embrazos de la cuestion griega, los de la cuestion de los refugiados franceses en Inglaterra y en Bélgica, y sobre todo la cuestion de los Santos Lugares, que encerraba la guerra con la Rusia, objeto hasta entonces de tantas complacencias diplomáticas. Cuando el desastre de los turcos en Sinope, determinó en 1854 la alianza anglo-francesa y la expedicion de Crimea.

M. Drouyn, que no podia renunciar á la esperanza de la paz, iba á tomar parte en las conferencias de Viena (abril 1855) y cuando fueron rotas, presentó su dimision. Al año siguiente, con motivo de un mensaje dirigido al Senado para recomendarle mayor iniciativa, presentó su dimision de senador.

M. Drouyn, gran oficial de la Legion de Honor desde diciembre de 1850, ha sido tambien promovido por el emperador á la dignidad de gran cruz de la misma orden en 1852. Es presidente del comicio agrícola de los distritos de Fontainebleau.



M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros.

Las treinta y seis medallas

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

V.

En la noche del 24 al 25 de diciembre de 1837, estaban reunidos en el piso principal de una antigua casa de Madrid, situada en la calle del Prado, una multitud de literatos. Solamente tres ó cuatro señoras (nada *literatas*, felizmente, aunque de talento y de instruccion todas

ellas) amenizaban aquella agradable sociedad, ¿Qué hacían aquellas personas, reunidas en dos ó tres salones elegantemente amueblados? No había allí ninguna orquesta; el piano estaba cerrado: excusado es pues añadir que nadie bailaba en aquella casa. Tampoco se hacía música, como ahora se dice, y los que crean que las personas allí reunidas se entretenían en decir ó en representar *charadas*, ó en jugar á *juegos de prendas*, se llevarán un solemne chasco. Tampoco se *murmuraba*, otra de las ocupaciones que están más á la moda, y para que todo fuese raro en aquella reunión, réstame decir que tampoco se *hablaba*. — ¿Qué se hacía entonces? — dirán la mayor parte de mis lectores al leer las anteriores líneas. — ¿Qué se hacía? — ¿Quiéren Vds. saberlo, lectores de *el Correo de Ultramar*? — Pues lo que allí se hacía era: escuchar, leer, reír, admirar y aplaudir. ¡Cuántos aplausos se oyeron aquella noche en la casa nº 2 de la calle del Prado! La cosa no era para menos. Figúrense Vds. que don Ventura de la Vega, uno de los hombres que *leen* mejor en España, estaba leyendo en alta voz un artículo de *oposición*. ¿Saben Vds. cuán temible es un artículo de oposición, escrito por el autor del *Hombre de mundo*? Desde luego el artículo estaba en *verso*, lo cual es ya una novedad, y no así como se quiera, sino en unos preciosos versos, en unas quintillas por más señas, quintillas que se aplaudirán mientras subsista el buen gusto en materia de poesía.

Don Nicomedes Pastor Díaz leyó unos *reales decretos*, refrendados por los diferentes consejeros de la Corona. Es posible que aparezcan todos los días en la *Gaceta* decretos de mayor utilidad que los que leyó el autor de *Villa hermosa á la China*, pero de seguro no encerrarán una intención más filosófica: los decretos del señor Díaz estaban escritos en romance octosilabo.

Leyó el señor Nocedal una *crónica de provincias*, del señor Selgas, el cual no pudo leerla por hallarse ausente. No recuerdo haber leído en ningún diario político una crónica tan ingeniosa, tan satírica y tan bien escrita como la del autor de la *Primavera* y del *Estío*. Fue tan aplaudida como el artículo de Vega y los decretos de Pastor Díaz.

Sería prolijo ir enumerando una por una todas las composiciones que se leyeron allí. Baste saber que los demas redactores de aquel periódico eran los señores Martínez de la Rosa, duque de Rivas, Hartzbusch, Alcalá Galiano, Lafuente, Nocedal, Fernandez Guerra, Florentino Sanz, marqués de Añón, Cervino, Madrazo, Pedrosó, Rossell, Valera, Segovia, Navarrete, Campoamor, Ferrer del Río, y otros muchos que no recuerdo ahora. En una palabra, la flor y nata del Parnaso moderno.

Además de la *parte oficial*, de los artículos de fondo, de las *correspondencias*, del *correo extranjero*, había en aquel periódico una *revista de la prensa*, un *juicio del año*, varios *sueños*, un artículo de *polémica*, una larga *gaceta*, su correspondiente *folletín*, una *revista de la Bolsa*, otra de *teatros*, otra de *toros*, un artículo de *modas*, algunos *comunicados*, y varios *anuncios*. Un número de *el Times* ó del *Diario de los Debates* no contiene más noticias que las publicadas en aquel periódico. ¡Qué dolor que no saliera más que un solo número! ¡Qué suscripción tan numerosa hubiera tenido EL BELEN! Este es el título del periódico que se leyó aquella inolvidable noche en la *tertulia literaria* del *excelentísimo señor don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins*.

Aquí debería hablar de la opípara *cena* con que nos obsequió en la madrugada del 25 de diciembre, el poeta anfitrión, — tanto más cuanto que fué un verdadero *festín de Baltasar*, amenizado con varios brindis y con la lectura de algunos párrafos del BELEN, que no habían podido leerse antes de la *cena* y de la *Misa del gallo*, que oímos todos juntos, — con la mayor devoción — en la elegante capilla del señor marqués; pero si empiezo á recordar todos los delicados manjares que se sirvieron aquella noche á los hijos de Apolo, estos apuntes se harían interminables.

No era esa la primera vez que los más célebres literatos españoles se reunían en casa del marqués de Molins, para leer y para cenar. Hacía años que el autor de *Doña María de Molina* abría sus salones á los compañeros de su juventud, á los que habían presenciado sus primeros triunfos literarios, y á la entusiasta é ilustrada generación que sigue la noble senda de la de 1834, que es á la que pertenece el marqués de Molins. Muchas composiciones en verso y prosa se han leído en casa de este señor académico, y algunas de ellas se encuentran reunidas en un elegante volumen, que el marqués de Molins tuvo la felicísima idea de ordenar y de imprimir por su cuenta, y que lleva el título de *Las tres Navidades*.

Este digno académico no solo cultiva con aplauso las musas, sino que es un infatigable protector y propagador de las letras y de las artes. Cuando el triunfo de nuestro ejército en Marruecos, excitó á nuestros primeros poetas para que trasmitiesen en verso á las edades venideras los valerosos hechos de nuestros soldados, formando de ese modo el *Romancero de la guerra de Africa*, que más tarde dedicó á S. M. la reina, y que esta augusta señora mandó imprimir á sus expensas, disponiendo que los productos de la venta se destinasen á los heridos en aquella guerra.

Pocos lustros contaba el señor marqués de Molins cuando fué elegido individuo de la *Academia española*. Mucho se ha debatido acerca de si el joven académico contaba en aquella época con títulos suficientes para aspirar á semejante honor. Por mi parte creo más útil que se discuta acerca de si su elección ha sido *próvechosa* ó no para la *Academia*, punto sobre el cual creo

que todos opinarán conmigo, diciendo rotundamente que sí. Aun dejando aparte el claro talento y la vasta instrucción del señor marqués de Molins; aun haciendo abstracción de que, como poeta lírico y como poeta dramático, ha conquistado un puesto envidiable en la república de las letras, su elección ha sido utilísima para la Academia, no solo por su mérito y prendas personales, no solo por su brillante posición social, no solo por la parte de gloria que le ha cabido en el desempeño de los negocios del Estado, como consejero de la Corona, que ha sido varias veces, — sino también por el cariño que siempre ha profesado al ilustre cuerpo que le admitió en su seno siendo muy joven, y por ser uno de los literatos que manejan el idioma castellano con más pureza y corrección.

Hace tiempo que la *real Academia española* eligió al señor marqués de Molins para el importante cargo de *censo*, que desempeña con igual celo é inteligencia que el señor Breton de los Herreros el de *secretario perpetuo*, y que el señor Valle el de *bibliotecario*. Asiste con puntualidad á las sesiones ordinarias, tomando activa parte en las deliberaciones de la Academia; no acostumbra á faltar tampoco á las sesiones extraordinarias, y en algunas de ellas ha contribuido mucho á darles realce, contestando en dos eruditos discursos á los nuevos académicos señores Fernandez Guerra y Campoamor. Erudición, he dicho, y excelentes doctrinas críticas, añadiré, hay en la notable contestación del marqués de Molins al autor del *Personalismo*. Feliz ha estado en el análisis de algunas composiciones del señor Campoamor; feliz en las calificaciones de filosofía *epigramática* y de originalidad *peligrosa*, refiriéndose al talento y al estilo de aquel escritor. No ha estado menos feliz al rechazar estas cuatro palabras del nuevo académico: *reniego de la experiencia*; con razón exclama su antiguo compañero: *Ultimo ingrato adios de un talento pródigo á su madre cariñosísima, la naturaleza*.

Las poesías de Campoamor *Ternezas y flores*, *Ayes del alma* y las *Fábulas* han encontrado un entusiasta admirador en el marqués de Molins, el cual las celebra con conocimiento de causa, es decir, después de haberlas analizado detenidamente, y después de haber medido los quilates de su valor. Las *Doloras* han hallado en el *censo* de la Academia no solo un admirador, sino un valiente campeón que las defiende á capa y espada. Oigámosle un momento:

« ¿Qué es *dolora*? Paréceme, en primer lugar, que el dolor tiene en el mundo carácter sobrado brusco, poder harto fuerte, imperio demasiado extenso, para que todos reconozcamos su virilidad, y no lo afeminemos.

Pero *dolora* no significa una sensación, sino un poema. Y ¿por qué? Vamos despacio. En la poética hallamos nombres de diferentes clases: los de unas estrofas se refieren solo á un numeral, como cuartetos, quintillas, octavas; bien así como aquellas infelices criaturas expósitas, que no son conocidas más que por el número de la cuna en que yacen: la número 4, la 5, la 8. Otras composiciones hay más felices y aristocráticas, que perpetúan el apellido de su padre; y sin remontarnos á las anacreónticas, que immortalizan al lírico de Teyo, tenemos en Castilla las espinelas, que debieron el ser á Vicente Espinel, y poco falta para que el nombre de Jorge Manrique se convierta en apellido de un linaje de poesías. Poemas hay también que convierten en nombre propio un apodo metafórico, y así llamamos redondillas y ovillojos á cosas que no pasaron ni por el torno ni por la devanadera. Ni falta ejemplo de referir al lugar de su nacimiento el nombre de alguna familia de poemas, y todos sabemos de donde vienen las zarzuelas, y quizá origen semejante tengan los madrigales.

Pero ¿dónde están los etimologistas, los adoradores de la heráldica del vocablo, como diría el señor Campoamor, que me puedan explicar por qué se llamaron endechas las endechas, y coplas las coplas, y sonetos los sonetos? Pues bien, por razón igual se llaman las *doloras* *doloras*: porque así plugo á quien tuvo la dicha de descubrirlas, y la constancia de perfeccionarlas, y la gloria de verlas aceptadas y aplaudidas por el uso, juez y árbitro supremo, de quien la Academia es, si no servil ejecutora, á lo menos concienzuda cronista.

Lo que importa es averiguar si tal nombre es necesario para designar un objeto nuevo, y más aun definir el objeto mismo, para reconocer su novedad y dar carta de naturaleza al vocablo que lo distingue.

La *dolora*, según su autor, es una composición poética en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica; otro crítico la ha definido como un juguete intencional, género mixto de anacreóntico y epigrama; y no falta quien suponga que, como las penas del corazón se llaman *dolores*, las penas del entendimiento se llaman *doloras*; y otro, en fin, piensa que estas son unos madrigales del ingenio, cuya agudeza se clava melancólicamente en el corazón.

En cuanto á la tesis literaria, si esta composición ó *dolora* no es anacreóntica, ni madrigal, ni epigrama, ¿qué es? *Dolora*. ¿Qué ós importa, señores, que yo no la defina? Los poetas la conocen, los aficionados la cultivan, los curiosos la aplauden, las damas la sienten, y la Academia, no lo dudeis, admitiendo al autor, la dará carta de naturaleza.»

En resumidas cuentas, ni el autor, ni el marqués de Molins, ni los poetas, ni los aficionados, ni los curiosos, ni las damas han podido hasta ahora dar una definición exacta de la palabra *dolora*. Alla veremos qué definición dará el Diccionario de la Academia, el día en que esta le dé carta de naturaleza. Se me figura á mí que *Dolora*

es una composición poética que se siente pero que no se explica, que se comprende pero que no se puede definir. Después de todo, *dolora* es una *dolora*, y el que no sepa qué es una *dolora*, que lea las del señor Campoamor, y lo sabrá, y pasará además un buen rato.

Se me ha olvidado copiar las siguientes líneas del marqués de Molins, al hablar de las *doloras*: «Y aun no faltará quien me arguya *ad hominem* con que yo mismo (mal coplero) he hecho *doloras* sin saberlo, y las he apellidado madrigales. *Y yo lo creo*.» — Y yo también lo creo; y prescindiendo de la calificación de *mal coplero*, que se da á sí mismo el marqués de Molins en uno de esos arrebatos de modestia y de injusticia notoria tan frecuentes en hombres del temperamento del autor de *Doña María de Molina*, paréceme á mí que bien podría titularse *dolora* el bellísimo madrigal que escribió el 31 de diciembre de 1851, y que me complazco en reproducir aquí, en la seguridad de que me lo han de agradecer los lectores del *Correo de Ultramar*:

« Se deshace nuestra vida

Como esa blanca nevada,

A la mañana formada,

Y á la tarde derretida.

Hoy la que en el monte cuaja

Sirve á dos años rivales;

Al que viene de pañales,

Al que se va, de mortaja.

Los dos con la misma priesa

Van tras la propia fortuna;

El viejo hácia nuestra cuna,

Y el niño hácia nuestra huesa.

¡Ay, alma, y os dan á vos

Como presente importuno,

Memoria el cincuenta y uno,

Anheló el cincuenta y dos!

¡Decidme qué os satisface,

Si no hay presente, y se infiere

Que es nada el año que muere,

Y nada el año que nace!

¡Cuántas páginas han escrito los filósofos antiguos y modernos para decir lo que el marqués de Molins dice mejor en estas preciosas quintillas! Y ya que he empezado á hablar de sus *Obras poéticas*, seguiré diciendo algo más acerca de ellas. Hay en París un gran edificio, que se empezó á construir en el reinado de Luis XIII, y que sirvió primeramente para hospital de mujeres, al mismo tiempo que de asilo de corrección para las desgraciadas víctimas del vicio y de la miseria. En el día es un hospicio de ancianas y de dementes. Este sitio ha inspirado al marqués de Molins una de las mejores composiciones que encierra su tomo de poesías, *el Corpus en el hospicio de la Salpetriere*. En esta, lo mismo que en la *Eucaristia*, á un *Crucifijo* y á *Dios*, aparece el poeta cristiano, á quien el amor á Dios y el amor á la humanidad inspiran profundamente, hallando en su fervorosa musa acentos apasionados para expresar sus pensamientos. El amor á Dios y el amor á la humanidad son dos sentimientos esencialmente poéticos en el hombre: el primero inspiró á Santa Teresa su célebre *soneto*; á Fray Luis de Leon algunas de sus mejores poesías; á don Alberto Lista su magnífica oda á *la Muerte de Jesus*: el segundo ha arrojado sublimes acentos á la vigorosa musa de Quintana. Aunque me he propuesto copiar muy pocos versos en esta serie de estudios, no puedo menos de trasladar aquí las dos siguientes estrofas de la primera de aquellas composiciones, porque en ellas hallará el lector la mejor descripción que puede hacerse del *Hospicio de la Salpetriere*, siendo además los versos de los más notables que ha publicado el marqués de Molins:

« Misteriosa ciudad de cuyas puertas

Huye toda alegría,

De par en par á la desgracia abiertas,

Donde es el padecer ciudadanía;

Su idioma es el quejido,

Que el uso no adultera ni embellece;

Allí es más denodado el más sufrido,

Y se distingue más quien más padece.

Por la virtud repuesta fortaleza,

Donde se gana el único tesoro

Que nos lega al nacer naturaleza,

Locura y orfandad, miseria y lloro.

Allí alienta y palpita la memoria,

Y corre amargo llanto

De heridos corazones,

Y está muerto el placer, muerta la gloria,

Septuado el encanto

De dulces ilusiones:

Bóveda sepulcral son sus salones,

Si el aura vivifica sus jardines.

Mi planta allí perdida

Sintió que hollaba incógnitos confines,

Cual si campo neutral, árido, inerte,

Cruzara entre el dominio de la vida

Y el insondable imperio de la muerte.»

Poeta monárquico, ensalza al trono en varias de sus composiciones, recordando al mismo tiempo las pasadas glorias de España, y su musa encuentra también rauda-

les de poesía para la patria, aun estando en suelo extranjero, como aconteció despues de los memorables sucesos de 1854.

« Antigua es la ambicion; no plaga sola
De nuestra edad; la ingratitud bastarda
Es humana dolencia, y no española. »

El amor á la mujer no podia menos de templar la lira de un poeta que comprende y siente las edades caballerescas de nuestra historia, como el marqués de Molins. *La Toma del hábito de Calatrava, el Insomnio, á Laura, á Una señora de sobrado severo aspecto, el Disimulo* y otras que encierra el primer tomo de sus *Obras poéticas* son una prueba de que los sentimientos hidalgos y el amor hacia la compañera del hombre, otra de las principales fuentes de la poesía, tienen grande eco en el corazon y en el estro del poeta que ha escrito *la Espada de un Caballero*.

Si pudiera disponer de mas tiempo y espacio, examinaria con el mayor gusto este drama y el titulado *Dona María de Molina*, dignos ambos del autor de las poesias que acabo de mencionar. *El Cerco de Orhuela*, excelente canto épico; *los Ensueños*, una de sus mejores fantasias, tan buena en su género como la dedicada al *Hospicio de la Salpetriere*; la mayor parte de los *Romances históricos*; algunas de las letrillas; el romance descriptivo *el Paseo una mañana de Navidad*; la epístola *Recuerdos del expatriado*, y algunos de los *Sonetos*, que encierra la escogida colección de las *Obras poéticas* del marqués de Molins, merecen un detenido exámen, y Dios mediante, en la *Historia de las treinta y seis medallas de la real Academia española* hablaré extensamente de todas estas bellas composiciones, así como de los dos dramas anteriormente mencionados.

En la *Memoria* que leyó el señor Breton de los Herberos á aquella docta corporación, el 29 de setiembre de 1861, se leen las siguientes líneas que juzgo oportuno reproducir aquí: « El reglamento está vigente desde 1º de marzo último, y entre las nuevas disposiciones que contiene merece especial mencion por su plausible objeto la que expresa el artículo que sigue: « La Academia hará anualmente el día 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes, en la iglesia de Trinitarios de esta corte, donde descansan los restos de aquel insigne escritor, unas exequias en sufragio de cuantos han cultivado las letras españolas. « Para realizar desde este mismo año tan piadoso pensamiento, aprobado por unanimidad, se encargó á su autor, el excelentísimo señor marqués de Molins, el programa de la funcion que en el día señalado se celebró y cuyos pormenores explica el acta inserta por apéndice en esta Memoria. »

En la misma *Memoria* leo estas líneas: « En 21 de febrero último presentó el señor censor (el marqués de Molins) datos interesantes, que con suma y espontánea diligencia habia reunido, recorriendo todos los voluminosos libros de actas de este cuerpo desde su fundacion en el año de 1713, todos referentes á la historia y vicisitudes de la Academia en general y de sus individuos en particular. » No tengo noticia de que hayan visto la luz pública estos datos recogidos por el marqués de Molins; pero el día en que se llegue á publicar este trabajo, conozco que perderá mucho de su interés la *historia* que estoy escribiendo, y de la cual forman parte estos *apuntes*.

El señor Roca de Togores es individuo de número de las *reales Academias de ciencias morales y políticas* y de las *tres nobles artes de San Fernando*; es además *presidente* de la diputacion permanente en la corte de la *real Academia sevillana de buenas letras*, de la de *San Carlos* de Valencia, del *Instituto histórico* de Francia, de la *Academia de anticuarios* del Norte y de la de *Ciencias y letras* de Toscana. Si se llevase á cabo el proyecto de fundar una *Academia de Cervantes*, como anunciaron hace poco los periódicos de Madrid, parece ser que el candidato que cuenta con mas probabilidades de triunfo para el honorífico cargo de *presidente*, es el señor marqués de Molins. Seria una excelente eleccion.

CARLOS DE OCHOA.

Lilia.

A MI MADRE.

(Conclusion.)

« ¡Lilia, pan, Lilia! » desfalleciente
Se oye de un niño la voz clamar,
Notar dejando bien claramente
Que el que la suelta, por tierra está.

Mas ¿ dó está ella, que no responde?
¿ Cómo se muestra sorda á esa voz?
Si huye aterrada, ¿ dónde irá, dónde
Que no la siga su torcedor?

Y era la tarde: ¡ funesto día
De ansias, cansancio, desolacion!
¿ Ya, otro mendigo dónde hallaria?...
Por vez primera Lilia robó.

Por su alma pura cruza una sombra...
Sello de infamia siente en su sien...
Marcha, y su paso mismo la asombra...
¡ Oh! ¡ con qué espanto y horror se ve!

Llega — oye y mira — ¡ silencio y calma!
Vuela á la estancia... ¡ Oh Dios, oh Dios!...
Un solo grito lanzó su alma,
Y al par al cielo con él voló.

Sobre los cuerpos frios y yertos
De los dos niños cayó ¡ infeliz!
Los convulsivos brazos abiertos:
¡ Pero hoy, al menos, pudo morir!

¡ Oh, pobre ángel! ¡ oh cruel memoria!
¿ Porqué naciste, Lilia, jamás?...
Mas ya acabada la triste historia,
Sin tregua déjame, madre, llorar.

A mi colina subí una tarde.
Pensaba en Lilia: su hogar busqué;
Pero los ojos cerré cobarde:
Mi alma oprimia dolor cruel.

¡ Doior! centella de luz divina,
¿ Qué no revelas tú al corazon?
El hombre á ciegas sin tí camina:
Alas al alma das tú y vigor.

Tu luz la torna cándida y leda,
Tórnsela terso, limpio cristal,
Para que en ella reflejar pueda
Sus horizontes la eternidad.

Mas raudo el viento no arrastra el humo,
Que á ella á los cielos conduces tú:
Tú eres la llave de poder sumo
Que rige el arca de eterna luz.

¡ Ay del que esquivo te vió por triste
Y en sus hogares no te hospedó,
Y asco hizo al cáliz que tú le diste!
Porque ángel eres de redencion.

En cruz los brazos sobre mi pecho,
La mente en sueños de hondo dolor,
Como si el mundo sintiese estrecho,
Senda del cielo mi alma tomó.

Las esplendentes etéreas salas,
Sin fin, vacías, entonces ví;
Solo tres ángeles sus áureas alas
Muelles tendian, vuelo al zenit.

Viajaban raudos y mas volaban,
Y en torno siempre la soledad;
Y atrás espacios sin fin dejaban
Sin que ala alguna vieses brillar.

Las soledades del firmamento
Por fin á un ángel surcando ven:
Plumas de luces riza en el viento;
El aire armónico zumba tras él.

Y otro de nuevo, y en lejanía
Otros y otros véense apuntar:
Así del puerto la cercanía
Naves y naves nunciando van.

Todos en vénia de los viandantes
Baten las alas de oro y zafir,
Que al choque arrojan centelleantes
Chispas de hermosos colores mil;

Y cual de cercos indefinidos
Bordado un lago vese ondear
Si sus cristales adormecidos
Rasa en su vuelo garza fugaz,

De iris fulgentes todo se llena:
Y únense y abren en derredor
En eslabones de ignea cadena
Que del Eterno la cifra son.

Múltiple, entonces, dulce, sonoro,
Poblar los cielos un himno oí:
Eran las santas arpas de oro
Del patriarca, del serafin;

Y arrullos, trinos, ruidos canentes
En armonías de ignoto iman:
Eran los bosques, eran las fuentes,
Eran las aves de Josafat.

Y ya mis ojos la luz perdian,
Ciegos á tanto sacro esplendor:
Y mis oidos se entorpecian,
Acaso indignos del almo son;

Cuando de aquellos tres peregrinos
El que mediaba tornóse á mí:
¡ Oh! ¡ quién sus dulces ojos divinos
Pintar pudiera, su sonreír!

« ¡ Lilia! » en el fondo clamé del alma,
« ¡ Lilia! » mi alma clamó otra vez;
Y en bienhadada plácida calma
Bañado en oro me arrodillé.

Y tomé el arpa: tres veces « santo, »
Tres veces « gloria » canté al Señor;
Y ó fué delirio, ó el almo canto
« Hosanna... Hosanna » me respondió.

JOSE ANTONIO CALCAÑO.

(Inédita). — Caracas, 1860.

Instruccion primaria.

La educacion, que dirige al hombre desde la cuna al sepulcro, está basada en la instruccion primaria. En la escuela aprende el niño á ser hombre, y los hábitos que en ella adquiere le acompañan en todo el resto de su vida. Por eso las sociedades modernas han dado á este primer eslabon de la cadena del saber humano, la fuerza y temple que necesitaba: popularizar los conocimientos útiles; hé aquí el gran resorte civilizador. Familiarizado el hombre con las ciencias de su infancia, pisa sin vanidad el vestibulo de la naturaleza, conoce lo limitado del saber humano, y dócil al yugo del deber, adquiere sin violencia la práctica de la virtud, y el de extender y fortificar su razon conociendo, comparando, combinando de diversas maneras los seres naturales colocados á su alrededor: el triple desarrollo, físico, intelectual y moral, camina á la par.

La instruccion primaria es uno de los objetos que debe llamar con preferencia la atencion de los consejos municipales en los cantones que representan. De ella penden en gran parte los progresos de la civilizacion, las mejoras de las costumbres y el conocimiento de los deberes sociales. Los niños, como dice un autor, forman un pequeño pueblo que tiene sus inclinaciones, sus usos y sus vicios, y que es preciso conocer: son plantas tiernas que conviene dirigir y cultivar para que lleguen á producir ópimos y provechosos frutos.

La enseñanza primaria, aquellos rudimentos que son la pequeña portada de los conocimientos, no es un mero adorno, una gala mas de la inteligencia del hombre: es una segunda naturaleza tanto mas indispensable cuanto que sin ella no puede haber ciencias, sin ciencias no puede haber artes, sin artes no pueden existir las industrias, que son las fuentes del trabajo, cuya falta origina en los pueblos grandes calamidades de los que no han sido alumbrados por los divinos resplandores de la instruccion primaria, que desarrollan en la sociedad profundos gérmenes de atraso, inmoralidad y desventura; porque la instruccion primaria es como el alimento que nutre al hombre para la vida social en donde, como ciudadano, tiene que conocer sus deberes y sus derechos.

Las escuelas, como únicos medios empleados para proporcionar y propagar la instruccion, y como uno de los mas poderosos elementos de sociabilidad, exigen imperiosamente de las autoridades, á cuya direccion y vigilancia estan recomendadas, el mas vivo interés por su existencia, fomento y perfeccion.

El sistema adoptado hasta ahora para dar la instruccion primaria no es el mejor, sin duda, para su objeto, si se atiende principalmente á su método, á la falta de unidad en el plan, á la inspeccion que se presta á estos establecimientos, al abandono con que miran algunos padres de familia la enseñanza de sus hijos, á la miserable remuneracion que se asigna á los preceptores, á la carencia de prestigio moral y consideraciones sociales con que debiera estar investido para un ministerio tan noble y tan trascendental el que tiene á su cargo dirigir la infancia en la senda de su porvenir, y á la escasez de estímulos para que los niños se apliquen á adquirir la instruccion, preparándose para su carrera profesional.

El método, prescindiendo del modo de enseñar las materias, no parece el mas á propósito, teniendo que dar un preceptor lecciones diarias, casi simultáneamente á un crecido número de niños, que no aprenden las mismas materias, y cuyas capacidades y tiempo de aprendizaje no son iguales.

El modo de estudiar las materias no es tampoco el mejor, si se atiende á que se dan muchas á la vez, á la desigualdad de textos por donde se aprenden, y al modo con que se enseñan.

La educacion religiosa, moral y física es propiamente el objeto principal de la instruccion primaria; porque si en ella se aprenden tambien los medios casi mecánicos para expresar, adquirir y emplear todos los conocimientos, es durante ella y por ella que se hacen caer en el fondo del corazon de la juventud los gérmenes de la verdadera y sana moral, que mas adelante han de servir de estímulo y aun de fundamento á toda determinacion moral de los ciudadanos.

La vulgar opinion de que el hombre no debe apreciar otras nociones que las que pueden conducirlo mas pronto á la consecucion de un bien moral, no tiene otra causa tal vez, que la falta de esmero y de preferencia por la

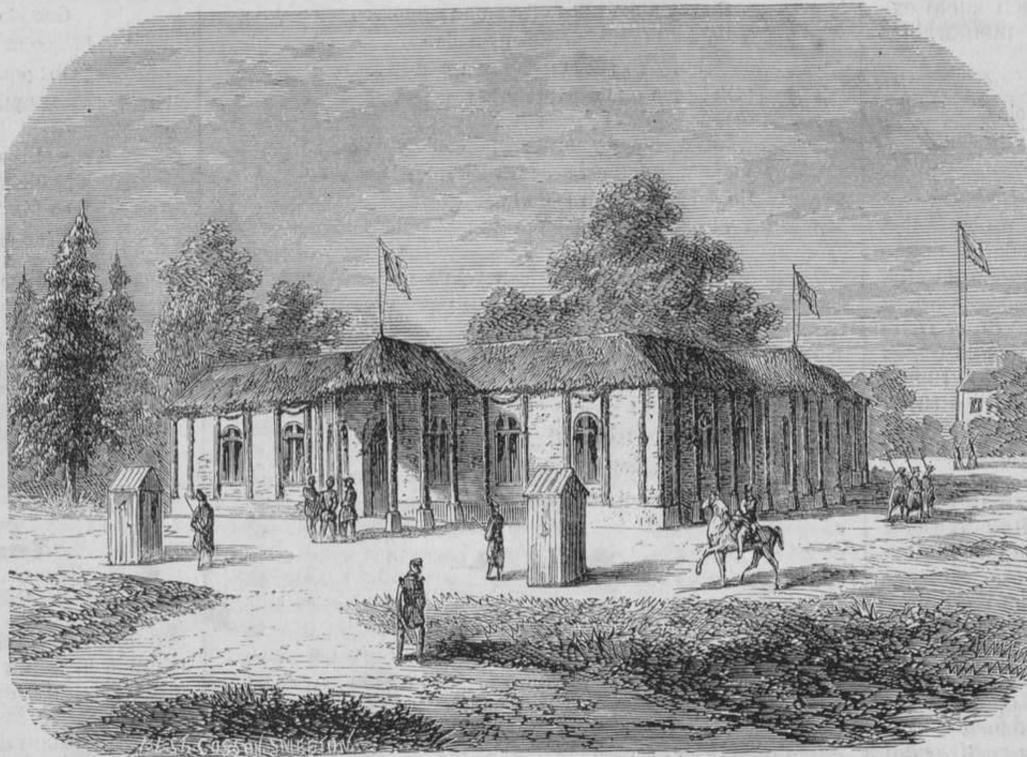
enseñanza de los principios religiosos y morales en la forma y en el tiempo que es debido. La instrucción primaria tiene por consecuencia habilitar los jóvenes para hacer el aprendizaje de alguna profesión ó industria; pero esto no es todo. Ella tiene una misión mas noble y mas interesante, y es la de formar el corazón de la juventud; puesto que la razón se desarrolla con el progreso de la misma edad y con la práctica del mundo y el conocimiento de las cosas; pero los primeros sentimientos que se inspiran, son los que por lo regular le dan su tendencia á todas las determinaciones del hombre en la vida, y como un aspecto y un color particular á sus acciones, sembrando en su corazón y en su entendimiento, ya alumbrados con los primeros destellos de los conocimientos humanos, las ideas de religión, patria y familia, para estimar debidamente sus obligaciones respectivas, perfeccionando su condición individual, que es el principal destino del hombre sobre la tierra.

No deja de contribuir al atraso de la instrucción primaria, la falta de inspección de estos establecimientos por personas de algunos conoci-

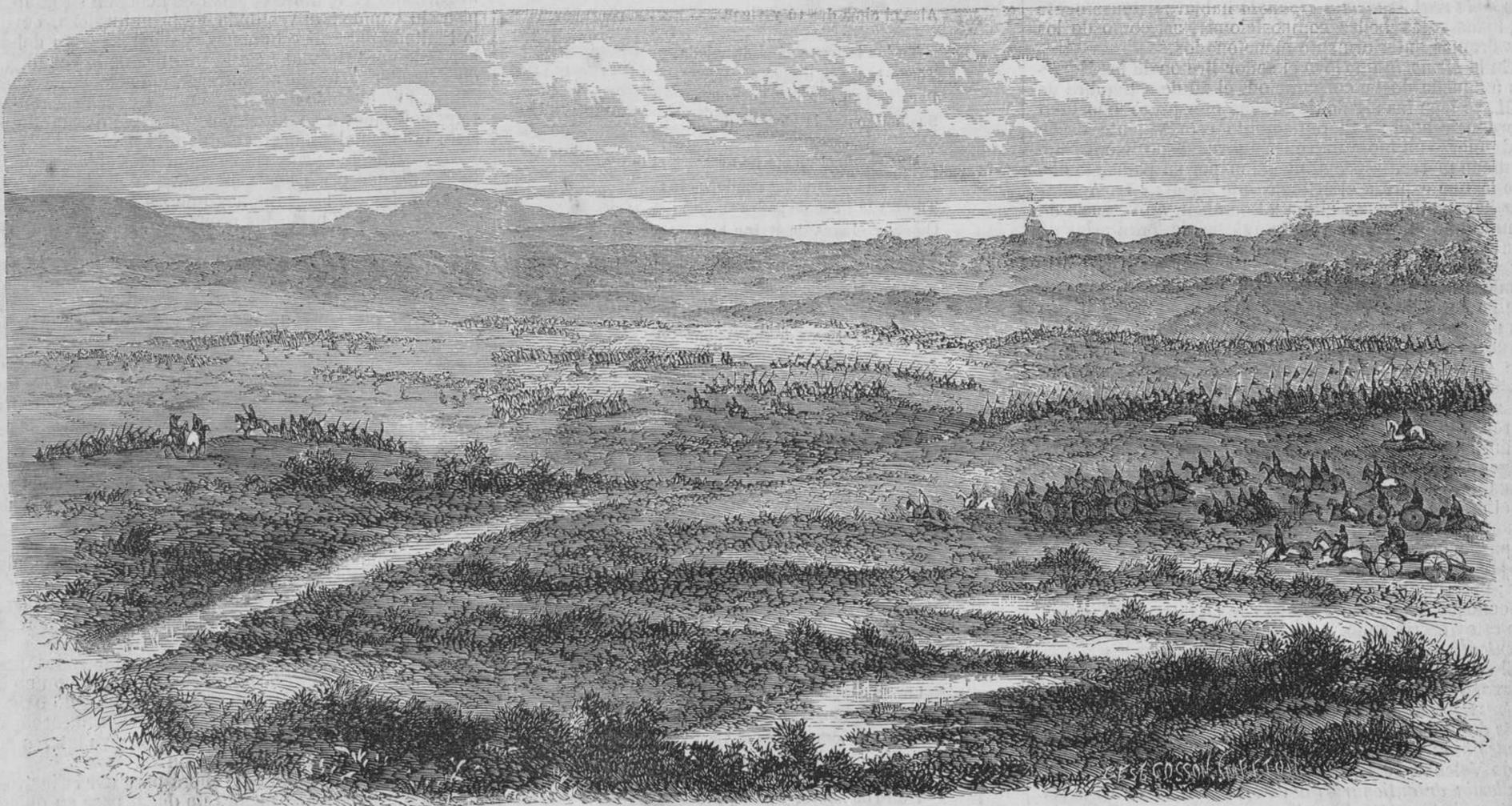
mientos, la poca importancia que se da á los preceptores, hasta llegar el caso de que los mismos niños, percibiéndose de ello, no cumplen sus deberes como escolares, sino que consideran al maestro como un mercenario que está obligado á sufrir su desduido, sus faltas y aun sus demasías.

La escasísima remuneración que se acuerda á quien tiene sobre su responsabilidad la de formar miembros útiles para la sociedad y para la patria, no está en armonía con lo árduo del trabajo, lo sagrado de su misión, produciendo en el ánimo de los preceptores hastio, abandono y desprestigio, exponiéndose á faltar á su dignidad y á desmerecer el carácter augusto de que la sociedad y la ley le han investido.

Generalmente se confunde la instrucción con la educación, y aunque ambas están estrechamente unidas como elementos inseparables de un mismo sistema, hay entre ellas una distinción esencial. La instrucción da al hombre algunos conocimientos y talentos; la educación fortifica las facultades por donde han de adquirirse y ponerse en práctica. La instrucción proporciona recursos para



Palacio del rey en el campamento de Beverloo (Bélgica).



Campo de maniobras en el campamento de Beverloo.

tal ó cual circunstancia de la vida y para seguir tal ó cual carrera; la educación da reglas generales aplicables á todas las circunstancias y á todas las carreras. La educación se obtiene por la imitación y el ejemplo; la instrucción por medio de los libros y de la enseñanza. — R. R.

(Del *Diario del Comercio* de la Guaira).

El campamento

DE BEVERLOO.

Bruselas 9 de octubre de 1862.

El establecimiento militar de Beverloo, del que acompaño tres dibujos, cuenta en la actualidad treinta años de existencia. Su primitiva organización se debe á los generales franceses Evain, Urel, y Magnan (hoy mariscal de Francia), y sus perfeccionamientos posteriores al general Chazal, ministro de la Guerra.

Beverloo se encuentra en el centro de la Campine, en un país casi inculto; de distancia en distancia asoma un campanario, y un poco de culti-



Campo de la caballería en Beverloo.

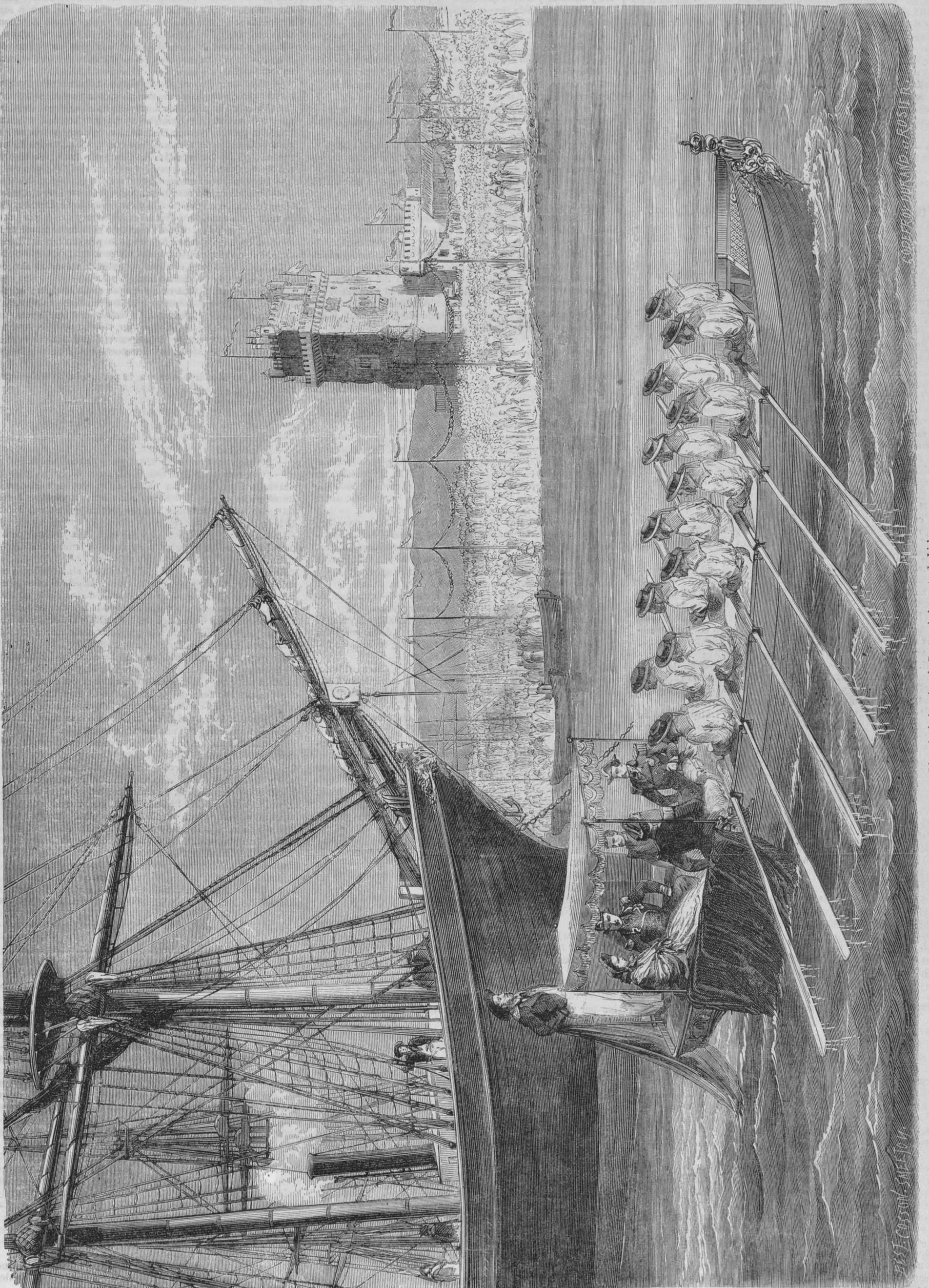
vo se extiende en derredor de las chozas de la aldea; pero enormes llanos accidentados por dunas de arena y cubiertos de espesos matorrales separan los lugares habitados.

El campamento tal como esta hoy, no es otra cosa que un gigantesco parque inglés, donde se hallan las barracas de las tropas. Estas barracas son generalmente de ladrillo. La vegetación es muy hermosa, pero se han necesitado treinta años de cuidados constantes para crear un establecimiento de esta importancia en medio de malezas seculares.

Cada año por el otoño reúnen en Beverloo una parte del ejército para ejecutar grandes maniobras. Este año las tropas acampadas no se componían mas que de caballería y de artillería ligera.

Durante un mes los regimientos de caballería y de artillería han trabajado todos los días sin interrupción por espacio de siete horas. Los movimientos ejecutados siempre con la mayor presteza, han venido á probar cuán sólida es la resistencia que la caballería puede oponer á las fatigas.

Las distancias recorridas por las tropas eran muy grandes. Desde



Llegada de la reina de Portugal al puerto de Lisboa.

las seis hasta las doce del día solía verse una maniobra de guerra que tenía lugar sobre un círculo de 25 á 30 kilómetros, y durante la cual cada cuerpo daba de tres á cinco cargas. A consecuencia de experiencias tan concluyentes, se han resuelto en principio ciertas modificaciones en los arreos y los uniformes de la caballería; se ha aumentado por reglamento la velocidad del paso, y cosa notable, que se explica no obstante por los cuidados que se prodigan al caballo, de cuatro mil caballos presentados al principio de las maniobras, únicamente dos han muerto por accidente, y tres no pudieron seguir á sus escuadrones.

A. L.

Revista de Paris.

Un tristísimo acontecimiento ha tenido lugar esta semana, y ha sido un desafío entre el duque de Caderouse-Grammont y M. Dillon, que ha dado por resultado la muerte de este último. M. Dillon era un redactor del *Sport*, que á fuerza de trabajo y de estudio había logrado hacerse una reputación de *turista*, y como tal escribía las crónicas de las carreras de caballos con una superioridad de apreciación justamente estimada por las notabilidades del Jockey-Club. Todos los periódicos de Paris se han ocupado de este triste lance que vamos á detallar á nuestra vez, extractando para ello en su mayor parte los pormenores que M. E. Chapus, director del *Sport*, ha consagrado al malogrado redactor de su periódico.

Parece ser que la causa del duelo proviene de una reclamación elevada en las carreras del campo de Chalons por M. de Grammont, que contestó á un jinete su calidad de gentleman, en tanto que M. Dillon tomó partido por este jinete en las columnas de su diario. De aquí el enfado del duque, quien redactó una carta en respuesta al artículo de M. Dillon, concebida en términos que no permitieron su publicación en el *Sport*. A consecuencia de las observaciones de M. Chapus, el duque consintió dos veces en modificar las expresiones de su respuesta; pero habiendo declarado M. Dillon sus intenciones de renunciar al cargo de redactor del *Sport* si se insertaba este comunicado, el duque de Caderouse le dió publicidad en un diario de Bélgica.

M. Dillon había resuelto batirse con el duque el día que aquella carta saliera á luz, y con efecto, una vez conocida del público, nombró padrinos al vizconde de Noé y á M. Demussy, los cuales se entendieron con M. de Fitz-James y el vizconde A. Talon, padrinos de M. de Caderouse.

Las negociaciones duraron algunos días. M. de Caderouse se negaba á batirse con M. Dillon, por la circunstancia de que no se hallaba colocado en las mismas condiciones sociales que él.

Los padrinos del duque combatieron esta objeción que no podía invocarse, sino en el caso en que se hubiera hallado en presencia de un adversario tachado de incapacidad moral; y mientras atacaban la objeción, se esforzaban vanamente por dar á esta contienda un desenlace pacífico.

M. Dillon consintió en un arreglo con tal de que M. de Caderouse escribiese, dictando él, una retractación de la carta publicada en Bélgica, y que esta retractación habria de insertarse en el *Sport* y en los demás periódicos de Paris.

El duque de Caderouse se negó á esto. Sin embargo, aun no se habían perdido todas las esperanzas de arreglo, cuando un incidente de publicidad modificó las disposiciones del duque.

M. de Caderouse no estaba en Paris el sábado que precedió al duelo, pero habiendo sabido por varios amigos que M. Dillon había anunciado que se guardaría muy bien de encontrarse en las carreras de Chantilly, vino á Paris inmediatamente, y al otro día se presentó en las carreras.

Ningun incidente tuvo lugar en esta reunion.

Los padrinos se vieron el miércoles y se citaron para el miércoles siguiente.

Después de algunas contestaciones, la elección de las armas se dejó al duque porque era el ofendido, quien optó por la espada, en tanto que M. Dillon había indicado la pistola.

El encuentro tuvo lugar en el bosque de San German.

Se echaron suertes para la elección de sitio, y habiéndole favorecido la suerte al duque de Caderouse-Grammont, eligió sin embargo el menos favorable, pues tenía contra él el viento y la lluvia.

M. Dillon toma la ofensiva, carga vigorosamente, y al tercer paso recibe bajo el brazo, entre la quinta y la sexta costilla, una estocada que le atraviesa el pulmón izquierdo.

La muerte fué instantánea.

Al ver esto, M. de Grammont se pone lívido, y petrificado por la emoción, dice con voz alterada á uno de sus padrinos:

— No tengo suerte; ¡ por la primera vez que no he salido herido!...

Y se aleja, dejando á los cuatro padrinos y al doctor agrupados en torno del cadáver.

El *Figaro* cuenta de este modo los incidentes que sobrevinieron desde aquel momento:

«Un carruaje, enviado probablemente por M. de Grammont, llega al lugar de la lucha. ¿Adónde trasladarán el cadáver?»

Uno de los presentes nombra un hotel en San German; y convienen en que, á fin de no llamar la atención, y para no comprometer sin utilidad á muchas personas, uno solo de los padrinos se encargará de acompañar el cuerpo.

Así lo hacen. Una vez cargado el cadáver en el coche, lo que no se hizo sin dificultad, el vizconde Noé, que se había comprometido á llevarle, sube al pescante al lado del cocher, y dirigen los caballos hácia San German.

El tiempo estaba horroroso. La lluvia caía á torrentes, y la distancia que había que atravesar era muy larga.

Para colmo de desgracia la fúnebre comitiva se pierde en las alamedas del bosque. Un guarda que se encuentra al paso por casualidad indica el buen camino, y por fin llegan á las puertas de San German. Aquí un aduanero detiene el vehículo, que llevaba corridas las cortinillas, y echa mano á la portezuela con

intención de visitar el interior; pero el vizconde declara su nombre y calidad, y afirma que su coche no contiene nada que deba visitarse; en suma, impone respeto al empleado, que le deja pasar sin mas dificultades.

Llegan al hotel indicado, y el fondista, al enterarse de lo ocurrido, se niega á recibir el cadáver. Hay que buscar en otro sitio, y se dirigen al «hotel del Príncipe de Gales.» Prevenido el dueño de esta casa, vacila, y por fin, después de consultarlo con su mujer, consiente en recibir el cuerpo, pero con la expresa condición de dar parte á la policía.

Algunos instantes después se presenta el comisario para interrogar al vizconde sobre las causas y los antecedentes de aquel misterioso acontecimiento.

El vizconde se niega á denunciar al autor del delito hasta el momento en que amenazado de tener que salir responsable, deja escapar el nombre del duque de Caderouse-Grammont.

En lo concerniente á los padrinos, declara que no descubrirá sus nombres.

Durante este interrogatorio el cocher había desaparecido.

El comisario de policía, no atreviéndose á tomar por sí disposición alguna en un caso tan grave, pide órdenes al prefecto de policía, quien le contesta por el telégrafo que «guarde al inculcado hasta el otro día, y le presente ante una comisión judicial que va á salir al punto para San German.»

Al otro día, después de hecha la autopsia del cadáver, los magistrados que fueron de Paris preguntaron al vizconde si conocía el lugar preciso donde había tenido lugar el encuentro, y sobre su respuesta se dirigieron al bosque de San German, donde lograron encontrar el punto que buscaban.

El vizconde fué puesto en libertad, y según se dice, el duque de Caderouse-Grammont, que se halla en Bélgica, y los cuatro padrinos se hallan encausados ya como «homicidas por imprudencia.»

M. Dillon, americano de nacimiento, no tenía mas de treinta y dos años, y deja una madre y una hermana de quienes era el único apoyo. Se está tratando de abrir una suscripción para aliviar su infortunada suerte.

En estos últimos días la Bolsa de Paris ha ofrecido un espectáculo que no se notaba ya hacia mucho tiempo. Los valores subían como impelidos por una varilla mágica, y cada tarde, al leer la cotización de los fondos públicos, todo Paris exhalaba una exclamación de asombro. Cuéntase que en el corto período que ha durado este movimiento ascensional de los valores, sobre cuyas causas no nos toca explicarnos en esta crónica, se han realizado beneficios que parecen fabulosos. Se habla de sumas de seiscientos y ochocientos mil francos ganadas en un santiamén, naturalmente por los que estaban en los secretos del alza. Se dice que el ayuda de cámara de una notabilidad financiera ha realizado una cuenta redonda de doscientos mil francos.

Y estas fortunas se hacían de la noche á la mañana.

Un periódico de provincias ha contado un hecho que demuestra la rapidez con que se acumulaban los beneficios.

Parece ser que un pequeño capitalista había ido á pasar la época de las vacaciones en una casa de campo de las cercanías de Orleans, donde vivía como el sabio Horacio, rodeado de flores y árboles frutales.

Este buen señor poseía cien acciones del Crédito moviliario, que es el papel que mas alza ha tenido en el movimiento á que nos referimos, y cuando observó la primera subida escribió á su agente de cambio:

«Amigo mio: Venda Vd. mis acciones del Moviliario en la Bolsa de mañana.»

Firmada, cerrada y franqueada la carta, se la dió á su cocinera para que la arrojase al buzón de la alcaldía del pueblo.

Pero hé aquí que la cocinera se olvidó del encargo, y como al día siguiente la encontrara en el bolsillo de su delantal, quiso enmendar la falta entregando el billete al cartero del pueblo, pero este ya había salido.

La pobre cocinera fué á arrojarla desconsolada á los piés de su amo al segundo día y le dijo:

— ¡Ay! Señor, la carta...

— ¿Qué carta?

— La que me dió Vd. para echar al correo...

— ¿Qué ha sucedido?

— Que la he olvidado.

— ¡Cómo! ¿No la has llevado al buzón?

— No, señor, contestó la cocinera sollozando, la tengo aun en el bolsillo.

— ¡María! exclamó el amo tomando su carta y haciéndola añicos, me haces ganar 60,000 francos. Pondré en tu nombre 1,000 francos en la caja de ahorros para recompensar tu descuido.

Los felices días de la especulación á la alza no han durado mucho; concluido el atrevido golpe de mano puesto en ejecución por ciertos especuladores, la Bolsa volvió á recobrar su movimiento de costumbre.

Lo que imaginan en Paris los caballeros de industria para llevar á cabo sus estafas es extraordinario. Cada día los periódicos judiciales nos señalan rasgos de ingenio que dirigidos en buena vía harían honor al entendimiento humano. Hé aquí uno de esos rasgos de inventiva que descuella entre todos los de su clase.

Un hombre de buena apariencia, de rostro alegre y expresivo, se presentó días pasados en casa de un vendedor de encajes, y anunciándose como M. R..., comerciante de ropa blanca en Montereau, pidió que le enseñaran algunas mercancías.

Hicieronlo así, y nuestro hombre, después de haber examinado diferentes artículos, elogiándolos ó criticándolos como buen entendedor, eligió los que le parecieron, y pidió que se los llevaran al día siguiente á la fonda en donde se había hospedado. Antes de retirarse regateó una pieza de punto de Alençon, y acabó por decir que quizá mas tarde se resolvería á tomarla.

Mientras hacía sus ajustes, este individuo charlaba por cuatro y se entretenía en dirigir chanzonetas á las muchachas del almacén, mostrándose con todo el mundo sumamente atento y obsequioso.

Al otro día, á la hora prefijada, le enviaron una jóven segui-

da de un muchacho que llevaba la caja de las mercancías, y esta jóven encontró al comprador envuelto en una bata y muy arrellanado en un sillón cerca de la chimenea. Además tenía extendida sobre una silla una de sus piernas arropada con muchas mantas, y á su lado en un velador había una porción de pomitos y tarros de pomada. En el momento en que entró la jóven, tomaba una pocion y se lamentaba mientras colocaba en montoncillos algunos puñados de monedas de oro.

— ¡Ay! amiguita, la dijo, ¡qué poco valemos! Ayer me vió usted tan alegre y en tan buena salud, y hoy me tiene Vd. aquí clavado en mi butaca. Yo, tan aficionado á comer y beber bien, me veo condenado á guardar dieta y á tomar bebidas calmantes. ¡Maldita gota!... Esta mañana me ha cogido, y ya tengo de seguro para cuarenta días... y eso que quería marcharme esta noche... ¡Cómo ha de ser! El hombre propone... ¿Me trae usted los encajes?...

— Sí, señor, aquí están.

— Venga la caja... muy bien... veo que está todo lo ajustado... He reflexionado en cuanto á la pieza de punto de Alençon, y me he resuelto á tomarla. Váyala Vd. á buscar y que la pongan en la cuenta, que yo entre tanto me voy á entretener en mirar los encajes. La hago correr á Vd. un poco, pero no tenga Vd. cuidado, que no se me olvidarán los alfileres.

La jóven salió muy contenta, y antes de volver al almacén se fué á casa de otro parroquiano.

Al salir de esta última casa echó por casualidad una mirada á un cabriolé, y creyó distinguir al hombre de los encajes.

— No puede ser él, exclamó, puesto que está con la gota; será sin duda alguno que se le parece.

Llegó á la tienda y luego pasó otra vez á la fonda con la pieza de punto de Alençon y la factura que formaba un total respetable.

Cuando iba á subir la escalera, la portera la detuvo preguntándola.

— ¿Adónde va Vd.?

— A casa de M. R...

— No está, se ha marchado.

— ¡Se ha marchado! ¡Imposible!

— ¿Y porqué?

— Porque hace poco le he visto, y estaba con la gota.

— ¿Qué dice Vd.? Está tan bueno como Vd. y yo, y se ha marchado ligero como una ardilla con su saco de noche en la mano; no había venido aquí por mas de veinte y cuatro horas.

De este modo el amable y risueño personaje era un estafador de los mas astutos.

Nada quedaba que hacer, sino dar parte á la justicia; pero á veces la casualidad suele ofrecer recursos cuando menos se esperan.

El muchachuelo que seguía á la jóven del almacén había mirado maquinalmente y conservaba en la memoria el número del cabriolé de que hemos hecho mencion. Este indicio bastó á la policía, y el supuesto gotoso fué preso en el instante en que iba á salir por un tren de la línea del Norte. No solo llevaba consigo los encajes, sino tambien relojes, joyas y otras mercancías de valor obtenidas sin duda por iguales medios.

En los teatros pocas novedades. Se ha cantado el *Barbero* en los Italianos con Gardoni en lugar de Mario, y debemos apresurarnos á decir que todos aquellos en quienes no domina el exclusivismo tratándose del último cantante, han hallado en el primero excelentes condiciones para el desempeño de la parte que ejecutaba. La Alboni hacia de Rosina con su acostumbrada perfección, es decir, con una maestría inimitable.

En la última página de este número damos una escena de una comedia titulada el *Mariage de Vadé*, que se representa actualmente en el Odeon con gran aplauso. La obra es de MM. A. Roland y Dubois, y como producción literaria merece en verdad el feliz éxito que obtiene. Se trata, como lo dice el título, del casamiento de un poeta llamado Vadé, gran zurcidor de coplas burlescas que floreció á mediados del siglo último, y que ha dejado una reputación muy poco envidiable. Ahora bien, los autores han prestado, tanto á Vadé como á los personajes históricos que le rodean, ideas y sentimientos muy distintos de aquellos que les caracterizan históricamente. No hay duda que el coplero ha ganado mucho en la transformación moral que le han hecho sufrir; pero esta falta de verdad desnaturaliza de todo punto al conocido protagonista de esta comedia.

MARIANO URRABIETA.

Los volcanes.

Corre una anécdota atribuida á un filósofo italiano, quien para explicar el fenómeno de la maquia de vapor, empleó un método digno de ser citado por la incomparable sencillez de la definición. Comenzó diciendo á sus oyentes: «Todo el mundo sabe lo que es el agua; esto no necesita explicación, *cosa semplice*. Luego tenemos el fuego; ¿y qué es el fuego? *cosa semplice*. En seguida viene la rueda; todos sabemos lo que es una rueda, *cosa semplice*. Pues bien, el fuego hace hervir el agua, y el agua mueve la rueda, y la rueda hace andar el buque; todo, como veis, *cosas semplicisimas* y que no necesitan mas explicación.

Un autor moderno inglés, que ha escrito un libro sobre los volcanes, se ha propuesto dar de ellos, por lo serio, una explicación que presenta este fenómeno de la historia natural como la *cosa mas semplice* que darse puede. No conocemos obra en la que con mayor claridad y sencillez se expongan los principios científicos, y el que se sienta inclinado á penetrar en los misterios plutónicos de historia volcánica del planeta que habitamos, no podrá escoger mejor guía que la que encontrara en la obra del profesor Scrope, estudio interesante en sí mismo, y que despojado de su aridez tecnológica no puede menos de ofrecer atractivo para cuantos no

sean indiferentes al conocimiento de las leyes físicas del universo.

Si examinamos un mapa que señale la distribución de los volcanes que existen en nuestro globo, observaremos un sistema general de líneas en la dirección de los mares, que bañan el espacio del uno al otro polo, sistema que guarda analogía con la configuración de los continentes que ciñen estos mismos mares. No se hallan por lo general volcanes en actividad en el interior de estos continentes. La mayor parte de los que se conocen están situados en la vecindad del mar ó en eminencias insulares, ó distribuidos á lo largo de las cordilleras que atraviesan la tierra firme. Se observa además que los volcanes que ocupan este último lugar se extienden en línea paralela hacia la parte mas elevada de las montañas situadas en el interior, indicando así que los sacudimientos que dieron lugar á la formación de las sierras no volcánicas, debieron seguir la misma dirección que los sacudimientos que produjeron los cráteres que alimentan los volcanes en actividad. Debe también notarse que la disposición de los continentes de ambos hemisferios es la de extenderse y ensancharse hacia el Norte y de presentar una forma aguda ó en punta en la dirección del Mediodía, lo cual coincide de una manera notable con las líneas que siguen los volcanes en la dirección del noroeste al sudoeste á lo largo de las costas occidentales de Europa, Asia y América, dirección que igualmente se observa en líneas transversales del sudoeste al noroeste (como en Méjico, Groenlandia y de Sumatra al estrecho de Behring) hacia la parte oriental de aquellos grandes continentes.

Este general paralelismo de costas, de montañas interiores y de volcanes, suministra un fuerte argumento en favor de la opinión de los que creen que la elevación de las cordilleras no fué un fenómeno parcial, sino simultáneo y colateral de la elevación de los continentes en que se hallan situadas. Fundándose en esta tendencia de las cordilleras á seguir una dirección diagonal hacia el eje de la rotación del globo, y tomando en cuenta otros hechos observados que indicarían la existencia de una acción de los fluidos subterráneos sujeta á una ley análoga en cierto modo de la de las mareas, el profesor Scrope ha imaginado una teoría por demás ingeniosa. Cree que las grandes grietas que cubren la superficie del globo, la formación de las montañas y demás accidentes de configuración fueron producidos por la subida ó elevación de una marejada de los fluidos subterráneos, provocada por la pasajera atracción de algun cuerpo planetario que rápidamente hubo de pasar vecino á la tierra, y disminuyó por su acción la presión de la atmósfera, del Océano y del tejido que sirve de capa á otro planeta.

De ser correcta esta teoría, la dirección diagonal de los cráteres hacia el punto objetivo de las mareas indicaría que el cuerpo celeste pasó por junto á la tierra siguiendo una inclinación meridional, al paso que la distribución que el sacudimiento hubo de ocasionar en los continentes y mares indicaría que el punto mas cercano del paso del cometa debió ser hacia el Norte del Ecuador. Exponemos la teoría de Scrope sin apoyarla ni impugnarla, pues aunque no es dudoso que pueden inventarse otros sistemas y recurrirse á otras hipótesis que expliquen satisfactoriamente las condiciones físicas del globo, sin suponer la precisa visita del cuerpo celeste errante, naturalmente debemos inclinarnos en favor de la teoría que atribuya á nuestro planeta el mecanismo necesario para proveer á su conservación, y la posesión de las válvulas de seguridad que requiere y basten para mantener su puesto en el espacio conforme á los designios de una providencia bienhechora.

Viniendo ahora á la parte expositiva de los fenómenos volcánicos considerados en sí mismos, es indudable que aunque la ciencia encuentre una ley general que regule y explique la causa de todos ellos, es infinita á la par que pintoresca y curiosa la variedad de circunstancias y de accidentes con que se presentan los volcanes en los diferentes puntos del globo. Empecemos por decir que la ciencia no alcanza á penetrar, ni por consiguiente puede formar idea de cuál sea la importancia y magnitud de la masa de fluidos y materias inflamables todavía encerrados en las entrañas de la tierra; pero cuando un volcán estalla y se pone en actividad, desde luego manifiesta su índole, sus elementos, su especie, por decirlo así, y podemos clasificarlo, como los demás individuos y objetos del reino animal ó del mineral, con tal que estudiemos sus movimientos y sigamos atentamente la historia de sus erupciones.

El volcán de Stromboli, que puede tomarse por tipo de los de carácter permanente, presenta la mayor regularidad y sencillez en sus operaciones. Su cono elíptico de 3,000 piés de elevación, surge del mar y presenta en su cúspide un cráter, fortificado en sus costados los mas débiles por refuerzos ó antepechos naturales. Pero del mismo cráter parte una inclinación que se prolonga por lo mas pendiente del cono y por la que se precipitan la lava y las cenizas en lo profundo del mar, sin dejar vestigios en las paredes. Cuando las erupciones son muy violentas, suelen abrirse portillos ó grietas en los flancos del cono, á veces hasta flor de agua, pero la lava cierra muy pronto estas aberturas, y el fenómeno de la ebullición continúa visible á la extremidad superior del cráter.

En las paredes de este se ha formado una especie de hornillo de unos veinte piés de diámetro, en el que el combustible arde permanentemente y arroja con regularidad cada diez minutos un fluido inflamado, cuyo color es visible hasta á la luz del sol, y cuyas eyecciones, que se elevan á centenares de piés, arrojan lava y ce-

niza en abundancia. No podría citarse ejemplo mas sencillo de las funciones volcánicas. La proporción entre la masa de vapor que se exhala, el peso de la materia en combustión y la columna atmosférica esta tan bien equilibrada por la continua acción de la especie de válvula que hemos indicado de emisión, que los pescadores de Lipari regulan su estimación del tiempo que ha de hacer según la mayor ó menor actividad del cráter, que viene á ser para ellos un barómetro infalible. Cuando las erupciones son regulares y algo perezosas, es señal de buen tiempo, pero si se aumentan y se precipitan, anuncian variación contraria.

El volcán de Masaya en Nicaragua se halla igualmente en actividad continua. La lava enrojecida que expele, se refleja en las nubes que constantemente coronan el cerro, y expide una luz que baña toda la comarca á muchas leguas á la redonda, luz semejante á la que despide la luna llena. Los volcanes permanentes acusan la existencia de grandes depósitos subterráneos de lava líquida y en estado de constante ebullición, atravesados por columnas de gases que hacen explosión al atravesar el orificio, ó que taladran las partes débiles de la superficie del suelo, depósitos con los que los volcanes abiertos se hallan en comunicación. Curiosa en extremo, cuanto interesante y aun pintoresca, es la descripción que hace M. Scrope de la manera cómo las grietas longitudinales inyectadas de gas, lava y vapor en el interior del volcán, se inflaman y hacen explosión al ponerse en contacto con las corrientes de gas que precipitan la combustión.

El modo como esta se efectúa al ponerse en comunicación con el aire libre los fluidos y las materias volcánicas, puede compararse con bastante exactitud á la explosión de la pólvora en el cañón de un fusil. Al verificarse la de los volcanes, obra simultáneamente sobre las paredes de la montaña y despide las piedras y tierra de que se compone la superficie interior y exterior, hasta que la apertura ha adquirido la forma aproximadamente circular que constituye el cráter. A veces sucede que la resistencia que las paredes de las grietas oponen á la acción ascendente de los gases, es superior á la resistencia que encuentran horizontalmente, y de sus resultados la boca del cráter, en vez de circular, es elíptica. El cono se forma luego por la masa de cenizas y de piedra que juntan y consolidan las sucesivas eyecciones de lava que el volcán expele, y acaba por cubrir sus flancos y su base. Los que han observado la configuración del Vesubio desde Sorrento, habrán podido apreciar de la sorprendente regularidad con que las líneas formadas por las corrientes de lava buscan sin precipitarse el nivel de la llanura y el del mar, describiendo curvas metódicas que varían suavizando la caída de las materias volcánicas.

Respecto á los volcanes que no están en actividad continua, es mayor la variación, tanto de sus formas exteriores como de sus peculiares circunstancias, lo que muy bien se explica por las mayores dificultades de comunicar con los receptáculos interiores de lava y las fluctuaciones consiguientes en la balanza de la presión atmosférica, estando otros volcanes sujetos á variaciones en sus periodos y en su mayor ó menor grado de intensidad. Desde 1139 hasta 1306 experimentó el Vesubio un intervalo de calma durante el cual, no habiendo habido erupciones, la vegetación se desarrolló sin obstáculo por todo el monte, y hasta castaños nacieron y se criaron en los bordes sobre la boca del mismo cráter.

Obsérvanse singulares alteraciones y perspectivas en las formas exteriores de las rocas volcánicas, producidas por las capas, sinuosidades y accidentes que en sus pendientes dibujan las erupciones, pues efectuándose estas por diferentes bocas ó cráteres, según que la combustión interior rompe la capa de tierra allí donde mas débil la encuentra, las emisiones de lava forman otros tantos rios, en los que imprimen en su curso, después de secos, las mas singulares figuras de relieve, los mas abigarrados accidentes de terreno.

Las calidades y la composición de la lava, lejos de ser idénticas, varían al infinito. Su cristalización y la intensidad de su calórico no son siempre las mismas, y del mayor ó menor grado en que estas calidades residen en ella dependen su fluidez y la movilidad de sus partículas, siendo además apenas necesario advertir que no es posible graduar cuál es la gravedad específica ni la intensidad calórica de la misma lava dentro de los depósitos subterráneos. M. Scrope calcula que en el momento de su eyección del cráter, la lava se encuentra en estado comparable al del licor fundido del que se saca el azúcar refinado, en el último periodo de la elaboración de esta sustancia.

Después de la erupción, la condensación ó petrificación de la lava se efectúa á consecuencia de la evaporación de las partículas de agua, que daban á la lava movilidad y fluidez. En las erupciones del Vesubio se han visto arroyos de lava bajar del cono á la base del volcán en quince minutos, mientras otras veces se observa que las eyecciones se desprenden lentamente y quedan adheridas á las paredes del cráter como otras tantas sanguijuelas colgadas de la embocadura de una redoma. Las erupciones mas comunes de que se conserva memoria son las que despidió el volcán de Skaptar Jokul en 1783, pues una de ellas produjo una emanación líquida que ocupó 50 millas de longitud y 15 de ancho, y la otra una corriente de 40 millas de largo y 7 de anchura. Es muy probable que la misma cantidad de lava subterránea ocupe todavía mayor espacio de terreno, debiendo el vapor mantener su acción sin evaporarse durante mas largo tiempo.

Pero al aire libre la lava pierde su fluidez; aunque concentrada en grandes masas, tarda meses y á veces años en petrificarse. El menor obstáculo que se presente en la marcha de la lava basta para detenerla; una mata, un árbol, una piedra paran su curso, y á menudo se ha logrado torcer la corriente de un torrente de lava abriendo mas arriba un respiradero que dé salida á la materia fluida que se conserva en el fondo de la corriente bajo la capa ó corteza superior que el aire ha endurecido: cosa mas curiosa aun; si una tapia ó un muro se oponen en línea recta al paso de la lava, esta se detiene de repente como impelida por un agente mágico, y levantándose perpendicular como una ola del mar hasta dominar la altura del muro, lo salta precipitándose al otro lado como una cascada. La causa de este fenómeno son los gases que se desprenden de la lava y que se interponen entre su corriente y el muro oponiendo una presión elástica al fluido. Si en la tapia se halla una puerta de madera, acontece que quemada por el colórico que despide la lava, cede y franquea el paso del torrente, que en este caso corre por la abertura respetando la muralla por ambos lados.

Los bancos de coral que abundan en el mar descansan en promontorios volcánicos submarinos, como lo demuestra la elevación de muchos de ellos que sobrepujan con exceso la construcción zoofítica de los pólipos, y ponen de manifiesto la índole volcánica de las rocas sobre que estos elaboran su criadero.

Pero hemos dicho lo bastante para dar la idea sumaria que de la naturaleza de los volcanes cabía consignar en un artículo de periódico, que terminaremos emitiendo la opinión, fundada en probabilidades científicas, de que todavía contienen las entrañas de la tierra materiales y elementos para producir cambios y revoluciones que modifiquen las condiciones de los espacios que sirven de morada á la especie humana.

Las inundaciones de Barcelona.

El 15 de setiembre la ciudad de Barcelona ha sufrido una terrible inundación, á consecuencia de una lluvia copiosísima. La población estaba angustiada, porque nadie recordaba un suceso igual. Las calles se convirtieron en rios, llegando en algunos puntos el agua hasta siete piés de altura.

Las pérdidas eran incalculables, y algunas personas perecieron al intentar su salvación. El cuadro que ofrecía Barcelona era aterrador: las aguas inundaban las calles, y crecían arrebatando cuanto á su paso hallaban. Las gentes que se hallaban en peligro pedían socorro por todas partes, y las que trataban de darselo se veían envueltas en él. La guardia civil y otras personas prestaron grandes socorros, y no obstante, hay que lamentar algunas víctimas.

Todos los pueblos inmediatos á la capital habían sufrido mucho. Los caminos de hierro, el telégrafo, las carreteras, los puentes, todo se encontraba con grandes destrozos. Los almacenes de fabricas y comercios de Barcelona habían sido invadidos por las aguas que arrebataron todo lo que en ellos había. Las pérdidas materiales se calcula que ascenderán á muchos millones.

El 16 se veía á las cuadrillas de trabajadores que por orden de las autoridades acudían á desembarazar de tierra y árboles y otros objetos algunos puntos donde las aguas se habían estancado. El aspecto de la población era triste. Las autoridades todas habían acudido desde los primeros momentos á la salvación de los vecinos. Barcelona no recuerda haber sufrido otra catástrofe como esta.

Algunos dias después se organizaba en favor de las víctimas un gran concierto dirigido por el señor Clavé, director de todas las sociedades líricas de Cataluña. Casi todas las pequeñas ciudades de la provincia habían enviado sus sociedades; mil doscientos cantantes y trescientos instrumentistas tomaron parte en esta fiesta, que contaba por lo menos catorce mil espectadores.

C.

La reina de España en Cádiz.

La hermosa ciudad de Cádiz ha hecho á la reina Isabel una recepción entusiasta, y en la semana que Su Majestad ha pasado allí, las demostraciones se han sucedido sin interrupción. Para dar á nuestros lectores una idea de los festejos con que se ha solemnizado en Cádiz la régia visita, vamos á tomar los hechos principales de las crónicas de un ilustrado escritor gaditano, don Francisco Flores Arenas.

«El 26 de setiembre, según se había oficialmente anunciado, debían llegar á nuestros muros Sus Majestades y Altezas entre tres y cuatro de la tarde, haciendo su travesía por rio y mar desde Sevilla. Antes de aquella hora se hallaban reunidas en el muelle todas las autoridades civiles y militares, corporaciones, y personas que por su categoría tenían derecho á ser invitadas para la recepción. Ocupaban estas, en grandísimo número, el pabellón levantado sobre una de las escalas del muelle, en una de cuyas habitaciones se había preparado un descanso para los augustos viajeros. A muy corta distancia de allí se levantaba un arco triunfal de bellas y severas formas, sobre el cual se leía esta lacó-

nia cuanto expresiva inscripcion: *Cádiz á su Reina*. Bajo este arco se situó el Excmo. ayuntamiento con mazas y clarines.

Un poco mas adelante, y cerca del ángulo que forma el muelle, habia levantado el comercio de Cádiz un lindisimo kiosco, y en todo el resto de aquel hasta las puertas de la ciudad ondeaban flamulas graciosas sobre mástiles venecianos. El pavimento estaba cubierto de yerbas, y en toda la extension de los parapetos de las murallas se habian colocado numerosisimas astas con banderas españolas, enlazadas por guirnalda de flores. Las mismas banderas tremolaban sobre todas las torres y sobre muchas azoteas de la ciudad, cubiertas de personas que ansiaban descubrir las primeras el vapor donde se desplegaba el estandarte real. El gentío, allí como en todas partes, era inmenso, porque no solo los habitantes de Cádiz habian abandonado sus casas, sino porque las poblaciones inmediatas daban todas su contingente para la celebracion de esta gran fiesta pública.



La inundacion de Barcelona ocurrida el 15 de setiembre.

En medio de la general ansiedad se divisó el vapor real, escoltado por otros muchos buques de guerra. En aquel punto los fuertes de la plaza hicieron salva, que repetida por los buques y acompañada por el murmullo gozoso del pueblo entero, fué anuncio de que Sus Majestades iban á pisar muy pronto nuestro suelo. Al poner el pié aquellas en la escala, tres vivas inmensos, atronadores, espontaneos, corrieron de allí á toda la poblacion, y millares de millares de vivas poblaron los aires. El ayuntamiento, que habia pasado al pabellon, felicitó á Sus Majestades, y tomados los coches se puso en marcha la comitiva, ocupando a caballo uno y otro lado de la carretela real los Excmos. señores presidente del Consejo de ministros y capitan general de Andalucía.

Entre nuevas y cada vez mas crecientes aclamaciones llegaron los augustos huéspedes a la catedral, desde donde, y concluida la ceremonia religiosa, dieron vuelta á su palacio de la Aduana, preparado al efecto con tanta suntuosidad como buen gusto por la Excmo. diputacion provincial. Allí los esperaban ya las mismas corporaciones que los habian recibido en el muelle, y Sus Majestades, despues de haber recorrido una parte del edificio, dignandose mostrar su



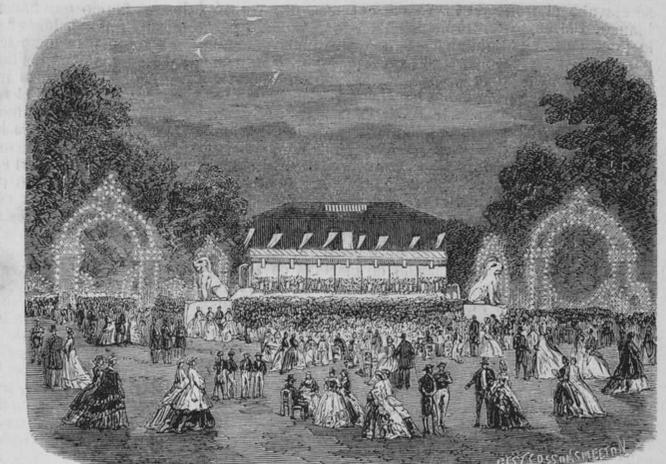
VIAJE DE S. M. LA REINA DE ESPAÑA. — Besamanos en Cádiz.

real agrado por la manera con que habia sido dispuesto, recibieron á la dicha diputacion y al ayuntamiento, señalando el inmediato día para el besamanos general....

El besamanos que tuvo lugar al siguiente día fué tan numeroso que las personas que han acompañado á Sus Majestades en Andalucía afirmaron no haber visto otro igual en parte alguna de ella. Las damas de Cádiz presentaron en él un lucido contingente, que habria sido harto mayor á ser esta una poblacion donde recepciones de especie semejante pudieran tener lugar alguna vez. Bastaron sin embargo las damas que concurren para que S. M. pudiera formarse idea de la esplendidez y buen gusto de Cádiz.

En aquella noche misma se verificó en el Casino Gaditano el baile con que aquella galante sociedad celebraba tan fausto acacimiento.

El local se habia adornado con exquisito gusto y riqueza. El primer salon estaba tapizado de damasco de seda, formando anchas listas blancas y verdes;



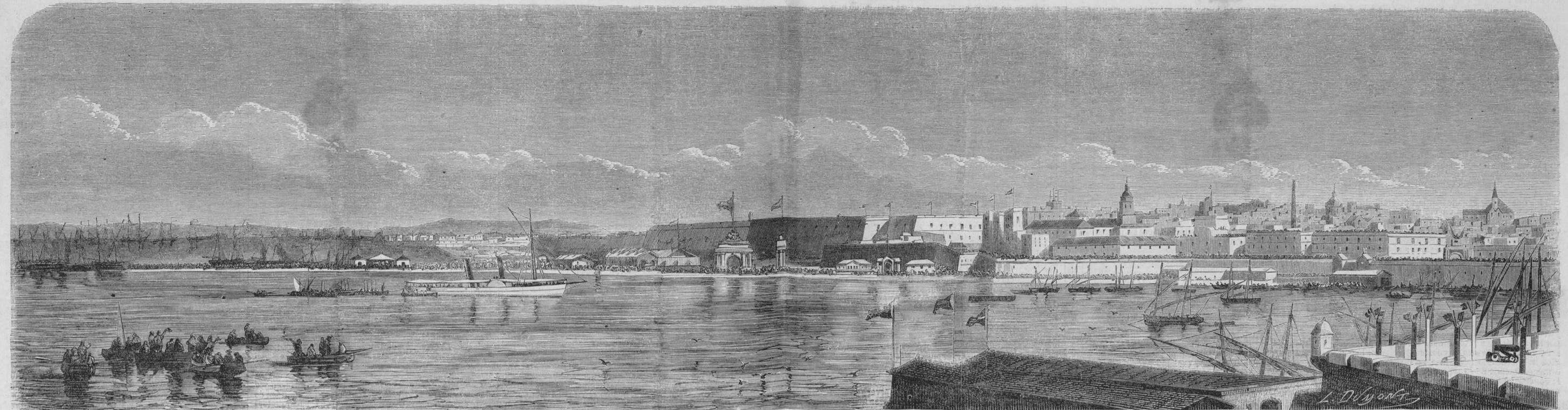
Concierto dado en los Campos Eliseos de Barcelona á beneficio de las víctimas de las inundaciones.

en el segundo, las listas eran de color carmesí, alternadas de terciopelo y seda labrada; el tercero, de damasco amarillo, y el cuarto, de la misma tela azul; las cortinas todas del color de los fondos. El patio estaba cubierto por pabellones de gasas.

La marcha real y los innumerables vivas anunciaron á cosa de las once que SS. MM. se dignaban honrar el baile, donde permanecieron algunas horas tomando parte en él; y despues de haber pasado al elegante buffet, fueron despedidas las reales personas con iguales aclamaciones.

La concurrencia fué brillantísima cuanto numerosa. Grande la animacion y la alegría.

Uno de los dias de la estancia en esta ciudad de Su Majestad la reina era de luto, como aniversario del fallecimiento de su señor padre el rey Don Fernando VII. Consagro, por tanto, este día á visitar iglesias y establecimientos de beneficencia. La catedral, los hospitales militar y civil, la iglesia de Capuchinos, interesante por sus recuerdos artisticos, la magnífica casa de Misericordia, el



Llegada de S. M. la reina de España al puerto de Cádiz.

hospital de Nuestra Señora del Carmen, la casa de Expositos, fueron honrados con su augusta visita, mostrándose S. M. altamente satisfecha, no solo del estado en que encontró los establecimientos, sino asimismo de la entusiasta acogida que en todas partes halló. Al pasar por delante de la facultad de medicina, entró en ella y la recorrió, no obstante que según el programa del día no debía ser esperada allí....

El baile ofrecido á S. M. por el Excmo. ayuntamiento fué de lo mas bello, elegante y suntuoso que puede concebirse. Tuvo lugar en la magnífica casa, que mejor pudiera llamarse palacio, del señor de Mora; casa no estrenada aun por sus dueños. La parte de columnata del patio que mira á la calle del Duque de Tetuan, se habia cerrado con un tabique, delante del cual se elevaba el trono de terciopelo carmesí, oro y raso blanco. Detrás se formó un vestíbulo con ingreso por la puerta principal, la cual se reservó exclusivamente para S. M. y para su comitiva. A uno y otro lado de este vestíbulo estaban preparadas varias habitaciones de descanso, soberbiamente tapizadas y alhajadas, distinguiéndose entre ellas la de tocador para S. M. la reina. El grandioso patio se habia convertido en salon al rededor del cual se situaron banquetas de damasco blanco. Riquisimas alfombras, magníficos espejos, candelabros colosales, arañas de un valor y gusto sorprendentes, todas las maravillas, en fin, del arte y de la industria se habian reunido allí para hacer aquella mansión digna de una reina de España. Frente al trono, y entre los dos tramos de la hermosa escalera, se habia colocado un trasparente rodeado de macetas de flores. La galería en que aquella termina, que es espaciosísima, se veía llena, así como el patio, por muchos centenares de elegantes damas ataviadas con ricas galas, las cuales ofrecían un admirable punto de vista entre las balastradas de mármol, donde reflejaban millares y millares de luces. Cada uno de los salones y piezas de desahogo era una joya artística, compitiendo todos entre sí en riqueza y variedad de adornos. Aquel era en suma un palacio encantado.

La entrada general tenia lugar por la puerta de la calle de Murgua. El patio interior, que corresponde á esta parte del edificio, se hallaba iluminado todo él profusamente con vasos de colores, formando caprichosos dibujos, y en su centro se habia formado un pequeño y gracioso jardín, que sin obstruir en nada el paso sirviese de adorno. Al propio tiempo se dictaron las medidas convenientes para que la acumulacion de los carruajes y de las personas en una calle no de gran amplitud, no ocasionase molestia á los concurrentes al baile ni peligros al público en general.

Mas de dos mil personas ocupaban sin ahogo aquel suntuoso edificio, cuando la marcha real anunció la llegada de S. M., que aquí como en todas partes fueron recibidas con entusiastas aclamaciones. Pocos momentos despues comenzó el baile, tomando parte en él las reales personas, las que antes visitaron toda la casa, deshaciéndose en encomios, que la comision habia merecido muy bien por su acierto, laboriosidad y buen gusto. Sus Majestades se retiraron á una hora avanzada, despues de haber pasado al buffet que se les tenia preparado, el cual, así como otro dispuesto en el piso bajo, sirvió mas tarde para los concurrentes.

Tambien se dignó S. M. honrar otro día á la Academia de bellas artes, distribuyendo por su mano los premios adjudicados en la exposicion de industria y artes recientemente verificada allí, así como á los alumnos que los habian obtenido en el último curso de la escuela especial. »

Una leyenda de Goethe.

I.

Al caer la tarde de un hermoso día del mes de junio, un jóven seguía á pié uno de los caminos que conducen al principado de D..., en Alemania.

Arnoldo Denner tenia veinte y dos años, gallarda presencia y algun dinerillo en la bolsa. Habiendo terminado con lucimiento sus estudios en la universidad de Bonn, iba á buscar á la córte un empleo, que gracias á las muchas cartas de recomendacion de que era portador, esperaba obtener en corto tiempo.

Sin embargo, no se limitaba á esto la ambicion de Arnoldo. El empleo no debía ser á su juicio mas que el primer escalon de un destino brillante y próspero.

Con efecto, habia dejado en Bonn á una jóven rubia, blanca y melancólica, que leia con gran interés los *lieds* de amor que él componia para ella, y conservaba preciosamente los ramilletes de *wergissmeinnicht* que cogieron juntos en las márgenes del Rhin durante los paseos de las últimas vacaciones.

Preciso es confesar que la benevolencia con que la jóven Edith miraba al estudiante estaba neutralizada por las ambiciosas pretensiones de su padre. Edith era rica, y justamente esta circunstancia que en buena lógica habria debido permitirle no reparar en la mayor ó menor fortuna de su esposo, era precisamente lo que la condenaba á no elegir marido que se encontrase en una poseion distinta de la suya.

A decir verdad, la jóven, en el fondo de su corazon no se acordaba de esto; pero el obstaculo, que procedia únicamente de su familia, era muy serio y terrible para

Arnoldo, cuyo patrimonio no se componia mas que de esperanzas.

No hay necesidad de añadir que el jóven se acordaba por esta parte grandes compensaciones á lo que le faltaba en regiones mas positivas.

— En cuanto haya obtenido un empleo, se decia caminando, pediré la mano de mi preciosa Edith. Su padre, en su ambicion, exigirá quizá que espere un ascenso, que sin duda no dejarán de darme pronto gracias á mi saber, mi celo y mis protecciones. Pero Edith y yo lograremos ablandar al padre con nuestras súplicas; poco á poco rebajará sus exigencias y abreviará sus plazos, y en fin, y aun cuando hubiera que aguardar, ¿no es nada poder amarnos y escribirnos libremente hasta el día de nuestro casamiento, en vez de ocultarnos como hemos tenido que hacer hasta aquí para cambiar una mirada ó una palabra?

Y sobre este tema tan halagüeño, Arnoldo improvisaba las mas bonitas fiorituras.

Recordaba los mas insignificantes pormenores de su amor, y hallaba en el recuerdo quizá mas hechizos aun que los que habia habido en la realidad.

Apresuraba el paso haciendo remolinos con su palo de viajero, sin dignarse echar una mirada á los que se cruzaban con él en el camino.

Habia llegado á un cuarto de legua de la ciudad, y mientras sacudia las cenizas de su pipa de porcelana, tarareaba por la centésima vez aquel día, el aria de Leporello, de Mozart:

« Voglió far il gentiluomo, »

cuando tropezó bruscamente con una persona que su preocupacion le habia impedido ver, y antes de que hubiese tenido tiempo de excusarse, una voz ligeramente burlona, á pesar de su acento benévolo, le dijo:

— Vaya, vaya, mozallete, no porque se pretenda escalar el cielo se debe tratar con tal soberbia á los hombres á quienes el tiempo, mientras les corta el pescuezo, les ha recortado ya un poco las alas. Bastante trabajo tienen con estar reducidos á veros marchar sin poder seguirlos.

Arnoldo se detuvo y distinguió entonces á un viejecillo, vestido con mas negligencia que modestia, y que clavaba en él, á través de sus anteojos azules, dos ojos chispeantes de inteligencia y de malicia, sin ninguna mezcla de amargura.

El jóven se apresuró á pedir mil perdones.

— Al cabo y al fin, repuso el anciano interrumpiendo al estudiante, no hay mal ninguno en ir mirando á las nubes cuando se esta bien seguro de las piernas, para no tener necesidad de reparar en las piedras del camino. Por mas que me halle yo en este último caso, no tendria valor para enfadarme, aun cuando no tuvierais una justificacion muy natural de vuestra inadvertencia en el recuerdo de la señorita Edith.

— ¿Qué quereis decir? preguntó Arnoldo sorprendido de oír pronunciar este nombre que siempre hallaba eco en su corazon.

— Mejor que yo debeis saberlo, puesto que sin duda, como acabo de deciros, la preocupacion de la persona que lleva ese lindo nombre, ha hecho que nos hayamos tropezado en este camino.

— Pero en fin, ¿á quién habeis oido ese nombre?

— A vos mismo, que le pronunciabais hace un instante con un acento que no permite creer os sea indiferente.

Y luego al ver que esta insinuacion hacia fruncir el ceño al jóven Arnoldo, el anciano se apresuró á añadir con una sonrisa:

— Perdonadme la indiscrecion que he cometido, no al oír ese nombre, puesto que en ese punto mi falta es involuntaria, sino al repetirle cuando habria debido fingir que ignoraba un secreto que no teniais intencion de confiarme. Y para darme una prueba de que no me guardais rencor por ello, permitidme que os ofrezca mis servicios, si como supongo sois forastero en D... y teneis que practicar allí algunas diligencias en que pueda yo seros útil.

Mientras daba gracias con mucha cortesía, Arnoldo no pudo menos de sonreirse del modo con que aquel hombre, que á juzgar por su aspecto, debia tener necesidad de la proteccion de los otros, parecia esperar á la gente por el camino para ofrecer la suya.

Solo la benevolencia natural del jóven, aumentada aun en aquel instante por las lisonjeras esperanzas que le embelesaban, pudo impedirle dar á conocer al oficioso desconocido cuán extraña y ridícula era su proposicion, dirigida á un jóven recomendado á los mas altos personajes de la córte.

Sin embargo, al contar al anciano sus proyectos y sus ambiciones, tuvo cuidado de repetir con frecuencia los nombres de las personas con cuyo apoyo contaba para hacer carrera.

Si hubiese estado menos embebido en su propio discurso, Denner habria observado las exclamaciones mas irónicas que respetuosas que añadia su interlocutor á cada uno de aquellos nombres.

— ¿Y no teneis recomendacion para el consejero von Moerland? preguntó el desconocido cuando Arnoldo hubo acabado de hacer su enumeracion.

— ¿Quién es ese señor? exclamó Arnoldo con un ligero acento de desden.

— El primer ministro, y mas aun, el confidente del principe. Si os hablo de él, es porque me parece difícil que podais alcanzar ninguna cosa sin recurrir á él, y como yo le conozco... un poco....

— En ese caso, las personas á quienes voy recomen-

dado no dejarán sin duda de presentarme á él, respondió el jóven, que cuanto mas examinaba al anciano menos creia en la influencia que se atribuía.

— En hora buena, repuso el desconocido reprimiendo apenas una sonrisa que parecia provocar la obstinacion con que eludia Denner los ofrecimientos hechos con tanta insistencia. Deseo que esas protecciones sean para vos mas eficaces que sin duda podria serlo la mia, que aunque humilde, no dejo de persistir en poner á vuestro servicio. Me habeis agradado á primera vista, y mucho me engaño si no sois hombre de porvenir. Mas para no contrariar vuestra modestia, hablemos de otra cosa. ¿Conoceis *las Cerezas de San Pedro*, de nuestro gran Goethe?

— ¿Porqué esa pregunta? dijo Arnoldo bastante sorprendido, y no teniendo mas que un recuerdo muy vago de una poesia que lleva ese título.

— Por nada, es hablar por hablar. Esta mañana almorzando leia yo ese apólogo que me gusta sobremodera... Pero hénos aquí en la ciudad, os dejo deseando que os salgan bien los proyectos... Adios. ¡Ah! Si quereis hacerme el favor de recordar mis ofrecimientos, no teneis mas que preguntar por M. Hermann, en palacio.

— ¿Habitaís en palacio? preguntó Arnoldo, que temió un instante haberse dejado engañar por las apariencias.

— Sí, desempeño un humilde destino, que sin embargo, suele permitirme servir á las personas que tienen á bien recurrir á mí. Si esta noche despues de cenar no teneis nada que hacer, os aconsejo que leais de nuevo *las Cerezas de San Pedro*.

— ¡Vaya un hombre extraño! se decia Arnoldo siguiendo con la vista al desconocido. Sin duda es algun mayordomo ó algun ugier de palacio. Esas gentes acaban por identificarse de tal modo á las grandezas en las que figuran de comparsas, que se imaginan una influencia de que jamás disponen. Por fortuna, no me hallo reducido á la proteccion de M. Hermann.

Y al hablar así Denner, habia entrado en la ciudad. Preguntó por una de las mejores posadas, se fué á ella, pidió una cena bastante confortable para destruir la mala impresion que habria podido producir la vista del modesto tren de viajero con que llegaba, y al punto ordenó á un mozo que fuera al otro día á reclamar su equipaje que habia dejado en las diligencias.

Despues se sentó á la mesa, comió con el apetito que se tiene á los veinte años despues de una larga caminata; fumó varias pipas mientras se acababa su botella de vino del Rhin, y habiéndose acostado, se durmió murmurando el nombre de Edith, y sin haber pensado un minuto ni en M. Hermann, ni en *las Cerezas de San Pedro*.

II.

Al otro día Arnoldo se despertó cantando. Habia soñado, que nombrado primer ministro de D..., presentaba por primera vez á Edith en la córte, donde la belleza de su esposa excitaba tanta admiracion, como envidias habia provocado su encumbramiento.

El jóven vió en este sueño un feliz presagio.

Despues de hacer un almuerzo mas espléndido aun y prolongado que la cena de la vispera, se mudó su vestidura de viaje poniéndose ropas á la última moda francesa, y tomando un carruaje comenzó sus visitas á sus futuros protectores.

Es muy raro que los primeros pasos de un pretendiente no sean para él una série de desengaños.

Denner no tardó en hacer esta triste experiencia.

La primera persona á quien se presentó le recibió muy bien, y despues de haber leído la carta de recomendacion, se informó con mucho interés de su corresponsal, del nombre y la edad de sus hijos, y de la ciudad que habitaba; y luego al despedir al jóven al cabo de una larga visita en la que se habia tratado de todo, excepto de lo que le habria interesado, le dijo:

— Venid á verme de tiempo en tiempo, por la mañana, y hablaremos. Sobre todo os encargo, que si escribis á vuestra familia, no olvideis expresiones de mi parte para Fritz, de quien no habia oido hablar hacia tanto tiempo.

Arnoldo fué á ver al segundo de sus protectores, que según le habian dicho, podia presentarle al principe.

Este, gravemente enfermo, no estaba visible.

Denner dejó su carta y su tarjeta, y se dirigió á otra parte.

El tercero era un antiguo amigo del padre de Arnoldo, que recibió al jóven afectuosamente, y como tomándose mucho interés en sus pretensiones, pero no le ocultó que desgraciadamente nada podia hacer por sí mismo. La influencia de que disfrutó en otro tiempo en la córte del principe anterior no habia sobrevivido á este.

— ¡Ah! Si yo no estuviese reñido con von Moerland, decia suspirando el doctor..., el negocio estaba hecho; pero no hay que pensar en ese conducto. Bastaria el consejero supiese el interés que me anima en vuestro favor, para que toda la benevolencia con que puede miraros se cambiara en enfado. Y el caso es, que nada se puede hacer en la córte sin él. ¿A quién mas os habeis dirigido?

Arnoldo nombró sucesivamente á las personas para quienes tenia ó habia tenido cartas de recomendacion.

A cada nombre el doctor hacia sus observaciones: este se hallaba demasiado ocupado en colocar á sus hijos para favorecer á nadie; aquel ni habia tenido ni tendria jamás ninguna influencia; el otro habia caído en des-

gracia la vispera; el otro estaba á punto de sufrir la misma suerte...

Arnoldo veía con terror que sus esperanzas se desvanecían una a una, cuando al oír el último nombre, exclamó el doctor:

— ¡Acabáramos! un amigo íntimo, ó por mejor decir, el único amigo de von Moerland! Si ese quiere interceder por vos, no hay nada que no pueda obtener del ministro. Id á su casa corriendo.

Denner se fué inmediatamente en busca de aquella providencia que se le aparecía en el último momento, para impedirle que desesperase del todo de su destino. Pero ¡ay! otra decepción le esperaba aquí; la providencia estaba ausente hasta dentro de dos meses.

Arnoldo había hecho todas sus visitas, y como vemos, el resultado estaba muy lejos de ser brillante. Sin embargo, al bajar un poco de las alturas adonde en un principio le habían encumbrado sus sueños, no perdió ánimo, y volvió á ver á sus protectores.

El recibimiento fué por todas partes como la primera vez. O no le hablaban de su negocio, ó le prometían hacer algo, con la firme intención de no hacer nada.

Unicamente, el doctor sentía haber roto su amistad por un motivo fútil con el consejero von Moerland, pues en aquel caso esa amistad le habría sido útil.

Al ver que se pasaban días y semanas sin ocurrir ningún cambio en las cosas, Arnoldo Denner comenzó á inquietarse formalmente. Dos personas á quienes no había visto y que por lo tanto le dejaban todavía alguna esperanza, la una no se curaba de la enfermedad, y la otra no volvía de su viaje.

Previendo en fin que sus recursos podrían escasearle, pensó en moderar los gastos que en su fácil presunción había creído poder hacer desde el día de su llegada; pero no queriendo aceptar en la fonda el ridículo de haber desempeñado el papel de un gran señor de comedia, la dejó por una habitación mas humilde, donde se limitó á gastar lo estrictamente necesario.

Una tarde yendo de paseo Arnoldo tomó por casualidad para salir de la población el camino por donde había entrado en ella un mes antes.

Sus ideas eran ahora muy diferentes, y ellas influían también sobre su paseo.

Las decepciones con que había tropezado á su entrada en el mundo le habían desengañado de tal modo, que así como antes todo lo veía de color de rosa, ahora no descubría en su derredor mas que un negro horizonte.

Pasaba de un extremo á otro: y dominado por estos sentimientos, se preguntaba si no se había engañado también acerca del amor de Edith, y si su padre sería tan fácil de convencer como él se había figurado en un principio.

Además, si tardaba mucho en obtener el empleo que debía permitirle pedir la mano de la mujer que amaba, ¿no podían querer casarla entre tanto, y en este caso, tendría ella valor para resistir á las influencias que pondrían en juego á fin de decidirla á que se casara? ¿Se resignaría á esperarle largo tiempo quizá?

De todas estas preguntas se habría reído un mes antes, y ahora temblaba.

No es de extrañar que bajo el peso de tales preocupaciones, el jóven no tuviera ya aquel semblante risueño y aquel paso firme del día que llegó á la corte.

Parece ser, sin embargo, que estas modificaciones no le habían puesto enteramente desconocido, pues á corta distancia de la ciudad Denner oyó la voz burlona de M. Hermann, que le interpelaba en estos términos:

— Muy triste estais hoy, jóven amigo; trabajo me ha costado reconocer en vos al alegre viajero con que tropecé en este camino hace apenas un mes. ¿Qué tenemos de nuevo que os hallo tan transformado? Al confiar vuestras esperanzas en nuestro primer encuentro, ¿no me disteis algún derecho para conocer también cuáles son vuestras penas? Vamos, contádmelas, á fin de que os compadezca si ha lugar, ú os riña en el caso en que nouviérais que combatir ahora mas que aquellas mismas quimeras que acariciabais con tanta confianza y ardor en otro tiempo. ¿En qué estais de vuestros pasos?

— ¡Ay! señor mío, respondió Arnoldo, que con su desaliento había perdido toda su jactancia, eso es precisamente lo que me tiene tan abatido. Me encontráis hoy justo en el mismo punto que el día de mi llegada, aunque con menos esperanzas y con menos dinero.

— ¡Ah! el dinero y la esperanza, amigo mío, son monedas que se gastan muy pronto en este mundo; hay que sembrarlas mucho y durante largo tiempo para recoger las mas veces una pobre cosecha. Y aun son felices aquellos que recogen algo... Pero ¿qué ha sucedido? ¿Acaso vuestros protectores no son tan poderosos ó tan buenos como los creiais? No debeis extrañaros por tan poco. Cuando tengais mas experiencia de la vida, os sorprenderá mucho mas encontrar un hombre servicial, que hoy os sorprende encontrar egoistas. Yo primero y siempre yo, es una antigua máxima, y como es mala, seguramente no se olvidará ni se dejará de aplicar en mucho tiempo. No vayais á pensar que lo que os digo tiende á dar mas valor á lo que tengo que añadir ó repetir, para hablar con propiedad. Os ofrecí mis servicios, y á pesar del poco caso, que quizá con razon, hicisteis de mí oferta, hoy os la renuevo. ¿Queréis que os presente al consejero von Moerland?

— ¿Y qué podría yo decirle? exclamó Arnoldo. Las personas que habrían podido recomendarme á él están ausentes, ó les importan poco mis pretensiones.

— Pero bien, podeis explicarle todo eso, y á menos que no tenga la inteligencia ó el corazon bien rebeldes, lo que no creo, segun lo que he oído decir, acabará por

atender á vuestras súplicas. Qué diantre, amigo mío, si quereis que os abran, llamad á la puerta. Apuesto á que ni siquiera habeis leído *las Cerezas de San Pedro* á pesar de mi recomendación...

— Permittedme que os pregunte, caballero, dijo Denner, que no comprendiendo la obstinación de aquel hombre para hacerle aceptar sus servicios, se mantenía tanto mas reservado, ¿de dónde procede vuestro empeño en favor de un desconocido, que podría ser muy bien que no mereciera vuestra benevolencia?

— O en otros términos, añadió M. Hermann con una sonrisa, ¿qué interés tengo yo en serviros? ¿No es ese el fondo de vuestro pensamiento? ¿Porqué no lo decís francamente? Yo soy demasiado viejo para picarme por una desconfianza mas natural á mi edad que á la vuestra. Pero ¿qué os importa el motivo que me guía, si de un modo mas ó menos desinteresado consigo seros útil?

— Teneis razon, repuso Arnoldo, y para probaros que agradezco vuestra proposición, la acepto.

— Vamos, preciso es confesar que no ha sido sin trabajo. Corriente, está convenido. Mañana temprano id á palacio y preguntad por M. Hermann. No sé lo que sucederá, pero de aquí á mañana podeis entregaros á los sueños mas propicios. Siempre tendreis eso ganado.

(Se concluirá.)

Nuevo puente de hierro sobre el Rhin en Maguncia.

El puente recién construido en Maguncia es el tercer puente fijo establecido sobre el Rhin: pertenece al ferrocarril hessense llamado Ludwigo-Bahn, y pone en comunicación Paris con Sarrebruck, Maguncia, Frankfurt y Viena. Está provisto de una doble vía férrea y de una acera para el paso de la gente; no hay vía para los carruajes, que pueden atravesar el Rhin mas lejos en la confluencia de este rio y del Mein.

La posición y las dimensiones generales de esta grandiosa construcción fueron determinadas tanto por la naturaleza del terreno como por los informes de la comisión fluvial del Rhin y las prescripciones de las autoridades de la fortaleza. Sabido es, en efecto, que Maguncia es una ciudad fortificada y que encierra la fortaleza mas importante de la confederación germanica. Maguncia, cedida á la Hesse-Darmstadt en 1815, tiene una guarnición de 8,000 hombres de la confederación, mitad austriacos y mitad prusianos. La administración de la fortaleza ha exigido en la orilla derecha un viaducto de cerca de 600 metros, dividido en veinte y ocho arcos de 33 1/2, 25 y 15 metros de abertura. Los arcos sobre el rio debían tener al menos 90 metros de abertura para el paso de las balsas. Todos los que han viajado por el Rhin conocen esas inmensas balsas formadas en Maguncia con una gran cantidad de balsas mas pequeñas que llegan ya de la parte superior del rio, ya de los afluentes. La reunión de esos trenes compone á veces una enorme serpiente de 100 metros de larga, con toda una población de bateleros y emigrantes, de ganado y mercancías, y doce ó quince chozas para guarida de toda esa gente. Se cuenta que en una sola travesía se han consumido 23,000 kilos de pan, 15,000 kilos de carne, 50 toneladas de cerveza, 5,000 quesos y 50 sacos de legumbres. Se concibe que para tales máquinas se hayan necesitado arcos de una abertura considerable; y con efecto, tienen no 90 metros como se había fijado, sino 101 metros contra 98 que miden los arcos del puente de Colonia.

En suma, el puente de Maguncia tiene treinta y dos arcos que miden 1,028 metros de largo entre los estribos. El estribo sobre la orilla izquierda (lado de Maguncia) está dispuesto en cabeza de puente fortificado; las puertas que se ven en las extremidades de las grandes aberturas, no están sino para el efecto arquitectónico.

El principal interés de este puente consiste en el armazón superior de hierro, obra de M. Klett y compañía, de Nuremberg, cuyo establecimiento ha construido desde 1857 para toda la Alemania, cuarenta puentes, y al que se debe el palacio de la Industria hecho para la última exposición de Munich (1854). En el puente de Maguncia se ha procedido con arreglo al sistema Von Pauli. Este sistema se conoce en Alemania con el nombre de *sistema de vientre de pescado* (Fischbauch-System). En la Exposición de Londres se ve un modelo de diez metros de largo. El sistema Pauli presenta una economía de 30 por 100 en la materia primera, sobre las antiguas construcciones de puentes de hierro.

La construcción se comenzó en los primeros meses de 1860; pero el estado de las aguas retardó largo tiempo el trabajo. Los cimientos, hechos de beton, no costaron tanto de establecer como en el puente de Kehl. Los gastos ascienden á 7,500,000 francos. G. D.

El Magenta, nuevo buque acorazado.

La marina imperial de Francia cuenta en el día con un nuevo buque acorazado.

El *Magenta* es de la importancia de un buque ordinario de ochenta cañones. Ofrece cuarenta portas de batería, y estas portas son mas pequeñas que las de los antiguos buques. Al lado de la chimenea hay una torre con coraza destinada á servir de abrigo al oficial comandante durante la navegación ó el combate.

El blindaje es de los mas fuertes, y las placas están unidas con tanta habilidad, que las juntas apenas están visibles aun á corta distancia. P. P.

Exposicion de Londres.

LA CRISTALERIA.

En el ramo de la cristalería, tal como se encuentra representado en Londres, se lleva la palma la Inglaterra. Sus productos tienen en su favor el brillo, la forma y los adornos; en cuanto á la ligereza y la uniformidad, son los dos puntos en litigio. Los fabricantes franceses sostienen que su cristalería es mas fina; que sus vasos llamados *muselina* tienen el mismo grueso en el fondo que en el borde, en tanto que no presentan la misma circunstancia los ingleses. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que una causa particular contribuía á dar mas relieve á la cristalería inglesa: esta era mas numerosa, menos variada, y llenaba mejor las condiciones especiales del cristal que los productos expuestos por la Francia. Entre los franceses la soberana perfección consiste hoy en hacer cristal parecido á la porcelana. Despues, las grandes fabricas de Baccarat y de San Luis se habian abstenido, y la cristalería francesa estaba representada por dos establecimientos que situados á las puertas de Paris, en Pantin y en Clichy, reúnen condiciones especiales que les son propias. Con efecto, estas fabricas pagan la mano de obra mucho mas cara que las de la Lorena, y no pueden sostener la competencia sino haciendo ante todo los artículos de moda. Ahora bien, la moda y el buen gusto son dos cosas muy semejantes, y á menudo muy contrarias. De aquí en la exposicion francesa, ó parisiense, por mejor decir, una variedad de productos diferentes, una abundancia de modelos y de invenciones que se disputa el consumo con gran provecho para los productores. Se ven allí vasos de cristal opaco y lechoso adornados con pinturas como la porcelana; otros rosados, verdes ó azules cubiertos con un encaje de oro; otros de cristal cuajado blanco ó verde adornados con piedras que imitan esmeraldas ó granates. Todo lo que se puede pedir á estos productos es la perfección del trabajo, y preciso es decir que la tienen. Las formas son regulares, los colores uniformes, y la decoración está ejecutada con limpieza. Al lado de estos productos que constituyen el fondo de su fabricación corriente, M. Monot, que dirige la cristalería de Pantin, ha expuesto una enorme copa para ponche, de cristal tallado de un buen trabajo, con dos jarrones por el mismo estilo que la acompañan.

A pesar de la competencia que hacen las cristalerías alemanas en lo que llaman « el cristal de Bohemia, » el establecimiento de Pantin fabrica también los vasos de dos colores, púrpura sobre blanco, que tallados con anchas caras y grabados de modo que se quita la capa coloreada superficial, producen lindos efectos de decoración blanco sobre fondo coloreado. Por último, M. Monot fabrica también la cubiletería ordinaria y de lujo, y preciso es decir que en este ramo descuella como en ningún otro.

La cristalería de Clichy, dirigida por M. Maes, se dedica á cubrir las mismas necesidades; sin embargo, produce piezas artísticas de mucho mérito, y así hemos observado dos copas á imitación de las copas venecianas del siglo XVI, cuyas filigranas forman una red con bolas de aire de una regularidad tan perfecta, como las formas de la copa son puras y regulares.

Creo que en Alemania ha nacido la moda de la cristalería opaca, pues esta es la que se nota principalmente en la exposicion de los países de ultra Rhin. La Prusia no ha presentado mas que imitaciones de porcelana con pinturas esmaltadas, encajes de oro sobre vasos de cristal blanco ó de color, tan apagados de tono como pesados de forma. M. Carl. Heckert, de Berlin, fabrica especialmente flores y hojas de cristal coloreado y esmaltado, que montadas en metal forman arañas y candelabros, en los que brilla una flora extravagante.

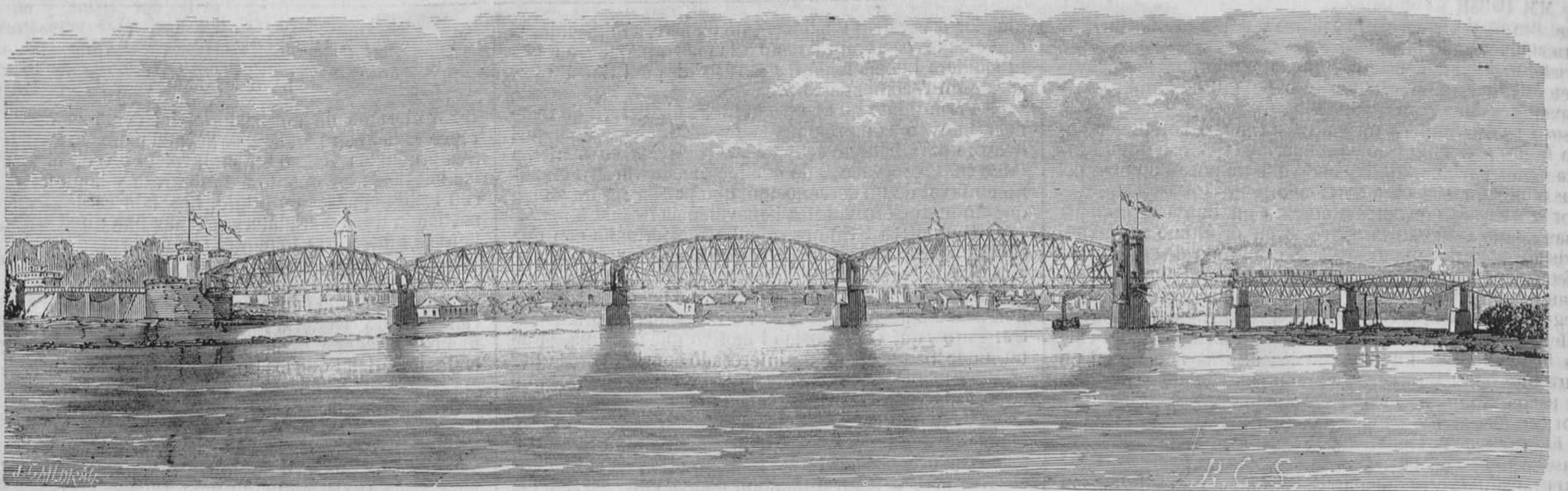
La exposicion austriaca, mas variada que la del Zollverein, se funda en la misma base, la imitación de la porcelana. La decoración es la misma, aunque se usa mas la que forman las cuentas de cristal coloreado aplicadas al fuego, y que componen como una incrustación de piedras preciosas. Este adorno es poco sólido. Los austriacos han inventado copas y jarrones forrados de plata, que imitan un espejo. Con los cristales de Bohemia, bien conocidos en el mundo y que se encuentran por todas partes en Alemania excepto en Bohemia, hemos visto en la exposicion austriaca cristales blancos tallados formando jarrones, arañas y candelabros que son de una forma muy pesada y recuerdan el antiguo género inglés.

La Baviera demuestra mucha dureza en los tonos de los cristales coloreados que fabrica, y cierta pesadez en las formas. Produce sobre todo cristales blancos adornados de oro, y blancos velados de azul. Exceptuando el Austria, ningún pueblo alemán ha expuesto servicios de mesa.

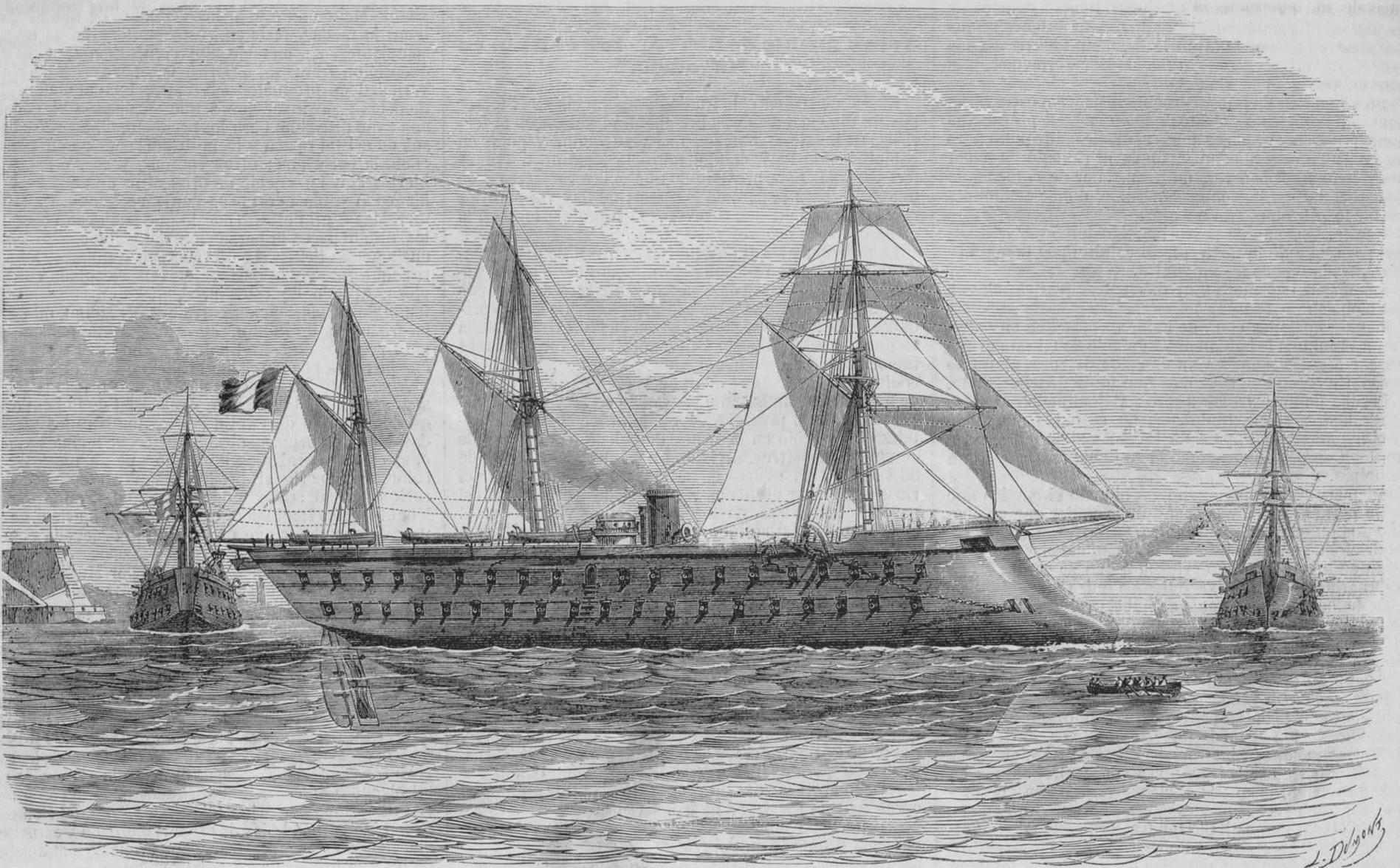
En esta parte tan importante de la cristalería descuellan sobre todo los ingleses. Diríase que en esta nación no se estima nada que no sea útil. La cristalería inglesa no ha presentado otra cosa que cristal, y parecenos que ha hecho muy bien en esto.

En tanto que en Francia se copian los modelos del renacimiento, la Inglaterra acude á inspirarse en la antigüedad griega. Forma y ornatos, todo es griego allí, y principalmente dórico. Las formas poderosas convienen á su genio; pero por un contraste singular, solo esto es antiguo, pues sus pintores nunca han sido mejor inspirados que por la musa familiar, y desde Flaxman, ninguno de sus escultores ha bebido en la austera copa del genio dórico.

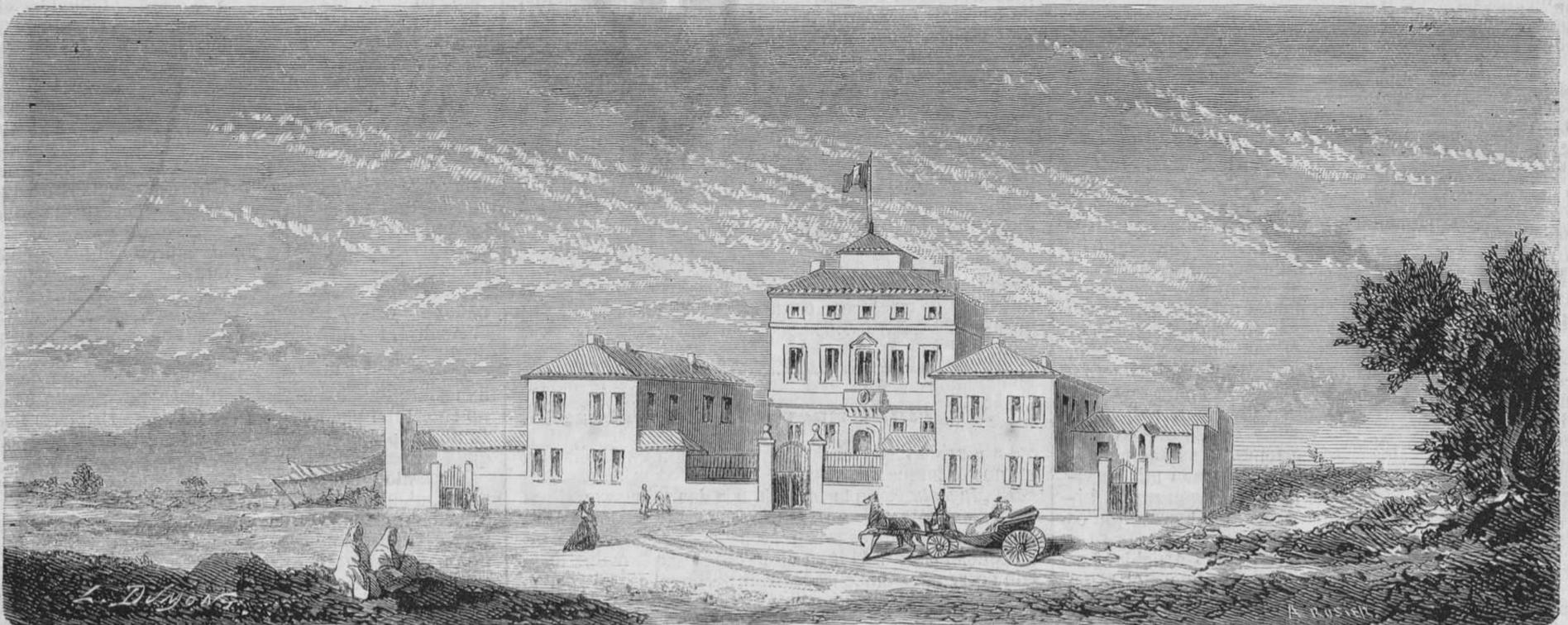
La mas importante de las exposiciones inglesas es la



Nuevo puente de hierro de Maguncia.



El Magenta, nuevo buque de guerra acorazado.



El nuevo Consulado francés en Tunes.

de MM. Pellatt y compañía, que llevan de frente la fabricación de los antiguos cristales tallados, que tienen muchos partidarios todavía, y la de los cristales lisos, cuyo mérito reside en la forma y en la elegancia de los grabados. Todos sus productos se distinguen por la sobriedad de sus formas y por su brillo. El cristal inglés nos parece en efecto más brillante que el francés, lo que proviene, según dicen, de que siendo diferente su composición, es fusible a una temperatura más baja. Esto importa poco, si el cristal no es por eso más frágil.

El ornato de todos los vasos y todos los servicios expuestos, estudiado cuidadosamente y compuesto con talento, en el estilo griego, hace resaltar por sus finas líneas de un tono mate, el

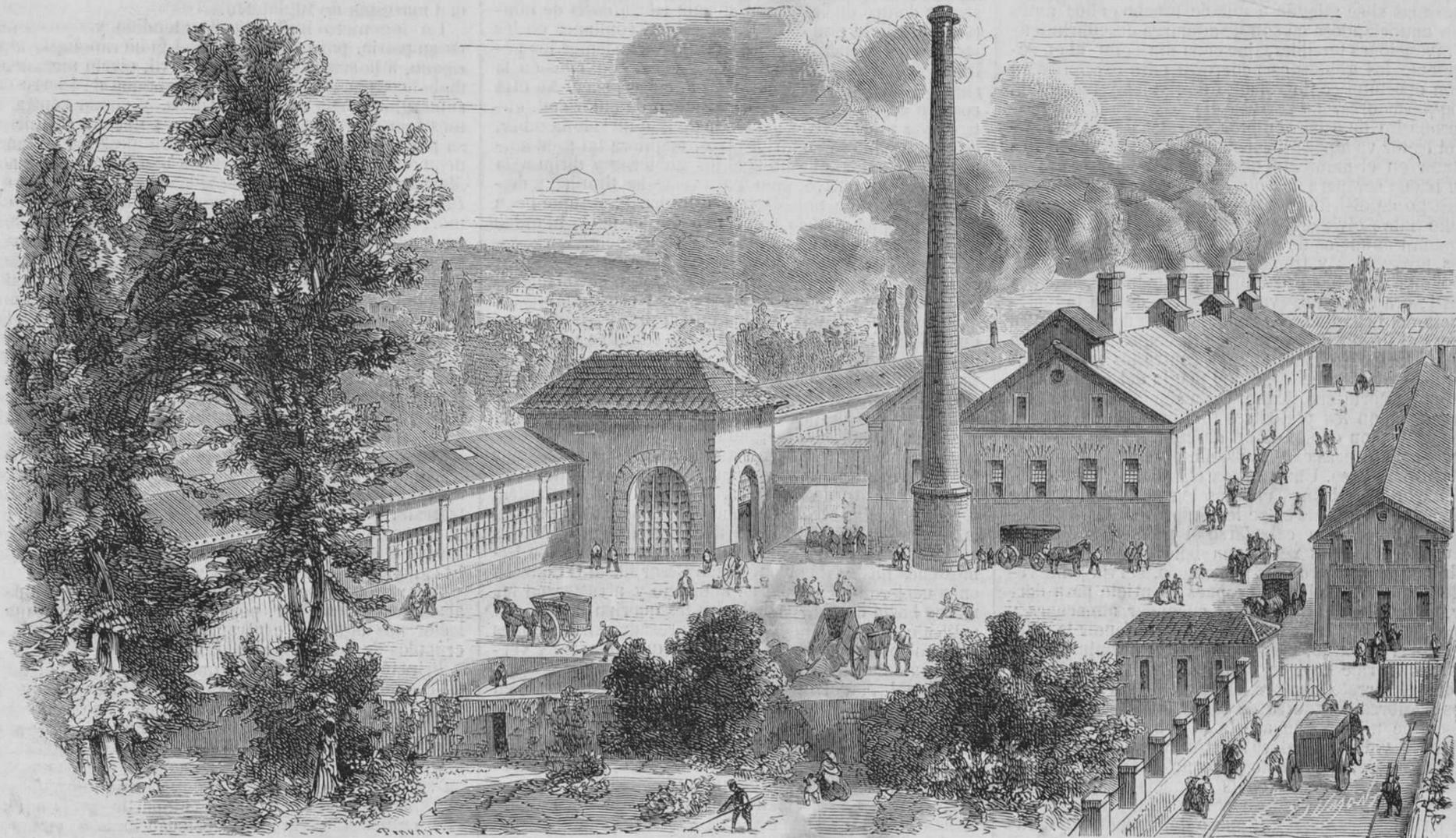


Cristalería de Pantin en las cercanías de Paris. — Obrador del cristal tallado.

brillo del cristal, y se armoniza maravillosamente con las formas. En esta parte la reducida exposición de MM. Spiers é hijos, de Oxford, no encierra más que preciosidades.

El gótico inglés moderno imaginado y creado por M. Welby Pugin, puede reclamar la mayor parte de los vasos fabricados por M. Philips, de Lóndres. Son estos de cristal trasparente, de formas bastante pesadas, y están adornados con gruesas perlas de cristal coloreado, soldadas en su superficie.

MM. Defries é hijos se consagran principalmente a la antigua fabricación de cristal tallado y labrado en prismas. Estos señores han expuesto una araña gigantesca y un inmenso espejo, formado todo con la reunión de una infinidad de



Vista general de la cristalería de Pantin.

prismas colocados sobre una superficie un tanto cóncava. En ciertas posiciones tiene uno el gusto de ver su imagen repetida quinientas ó seiscientas veces, lo que agrada mucho a los turcos, para quienes está destinada esta obra.

Nos queda que hablar de un nuevo adorno imaginado por un industrial inglés; este adorno es la fotografía.

MM. Powell é hijos han ideado encerrar entre dos capas de cristal labradas en vasos unas figuras fotográficas recortadas, que se destacan en blanco sobre fondo negro.

Lo que más abunda en este género, son las reproducciones de estatuas ó de bajo-relieves, que forman mayor contraste.

Agregaremos a la cristalería un arte en que la Francia no tiene rival, y es el de la imitación de las piedras preciosas. Exceptuando los lapislázulis, que nos



Taller de fundición y de sopleo.

han parecido de un tono demasiado oscuro, los diamantes, las esmeraldas, los topacios, las malaquitas, etc., de M. Bon, expuestos en masas brutas como salen del crisol y luego labrados, desafían a todo el que no sea perito en la materia. Lo mismo sucede con las imitaciones de perlas expuestas por M. Constant Valés; las de corales de M. Truchy, y las de perlas muertas de MM. Topart hermanos, que han tenido la audacia de exponer un collar compuesto de perlas finas mezcladas con falsas. Este rasgo de atrevimiento le ha salido bien, pues la mayoría al menos no puede distinguir lo verdadero de lo falso. ¡Qué de cosas hay en la vida que son como este collar!

Finalmente, Venecia ha expuesto pastas de mosaicos, y sobre todo jarrones imitando ágatas, que han sido muy admirados por el público.

A. D.

España en Londres.

CARTA DECIMATERCERA.

Una de las circunstancias que hacían esperar con mayor impaciencia la Exposición de 1862, era la de saber hasta qué punto había adelantado la sociedad pacífica del siglo XIX en las armas y pertrechos de la guerra.

El palacio de Kensington era el palenque esperado por los hombres de la moral y de la filosofía para contemplar la inventiva destructora de los hombres del álgebra y de la electricidad. Allí iban a reunirse en torno de los pacíficos instrumentos de la labranza de los campos las terribles máquinas asoladoras de las ciudades; allí, junto al telar del paño barato y fuerte que defiende el cuerpo del hombre desnudo, iba a colocarse el instrumento homicida que taladra con mayor facilidad el cuerpo del hombre vestido; allí figurarían en extraño consorcio los útiles para hacer productiva la tierra, y los útiles para esterilizarla con mas prontitud; a un lado del mecanismo con que el barco mercante atraviesa veloz el Océano cambiando la vida de los pueblos, se colocaría el mecanismo con que el barco militar bloquea las costas para impedir la comunicación humana; y por último, allí habían de darse el brazo la civilización y la barbarie, lo que restaura y lo que destruye, las armas de Dios y las del diablo.

Legítima era pues la curiosidad de los observadores, y tanto mas si se atiende a que de muchos años antes venían anunciándose en son de amenaza descubrimientos é invenciones terribles, que cada día compraban secretamente los gobiernos poderosos para exhibirlas en ocasión oportuna como espanto de rivales y antemural de conquistadores.

A propósito de estas compras secretas de los gobiernos, el lector va a permitirnos una digresión, que así es oportuna en el momento que hablamos, como provechosa puede ser para los que en nuestra patria tienen el encargo de distribuir las partidas del presupuesto.

Nadie habrá olvidado, por escasa que sea su memoria, los mil anuncios de destructoras máquinas, formidables proyectiles y tremendos mecanismos de guerra con que se venía asustando al mundo desde la paz de 1815; ora como reserva del francés contra la malevolencia del británico, ora como recurso de este contra la imperial insidia de su vecino, ora como elucubración salvadora del filosofismo alemán contra los materialistas occidentales, ya en fin, como magia del ruso ó vanguardia del norte-americano. Cada semestre por lo menos anunciaban los periódicos militares de esos países la comprobación oficial de un descubrimiento capaz de destruir las defensas existentes, sin daño ni aun peligro de los destructores. Una vez era el cañón el encargado de alcanzar no sabemos cuántas leguas, y extender la desolación y la muerte entre los desprevenidos adversarios, sin que pudiera calcularse el punto desde donde se les atacaba. Otras veces una bomba particular arrojada por el mortero mas portentoso, servía primeramente de bala para herir, después de ariete para derribar, de luminaria luego para encender almacenes y campos, de metralla, por último, para difundir la alarma entre el enemigo, cuando no para exterminarlo por completo. El rifle hoy, la carabina mañana, la pistola otro día, el secreto siempre, eran la canción perdurable de los hombres de guerra de todos los países, quienes al modo de niñera que asusta al rebelde pequeñuelo, pasaban la vida diciéndose: « ¡Que viene el bú! »

Y el bú venía, con efecto; porque ganosos los pueblos de la paz, firmes ya en la creencia de que medio siglo de no pegarse bastaría para enriquecer é impulsar a las naciones hasta un punto de prosperidad fabulosa, todos, juzgándose fuertes en su casa y haciéndose temer de la ajena, contribuían a sostener un pacífico equilibrio, alterado únicamente por las voces alarmantes de nuevas invenciones y descubrimientos. Pero el reparto de la Turquía, preparado para el mediar del siglo y frustrado sin duda por la desmedida ambición de los repartidores, provocó en 1852 esa espantosa campaña, la mas formidable y sangrienta de los tiempos modernos, en que cinco naciones poderosas se empeñaron en una lid de exterminio, cuyo primer resultado fué necesariamente el armamento general de los otros pueblos.

Sonó pues la hora de las misteriosas exhibiciones. La tierra enemiga apenas podía sostener el peso de los combatientes y de sus máquinas de combate: el mar parecía pequeño para contener las flotas aliadas, que en prodigioso número y con inusitados aprestos se lanzaban a la pelea: por todas partes se esperaban maravillas del arte militar, ó como si dijéramos, titeres de muerte, y ¿qué sucedió?

Nadie lo habrá olvidado. Los hombres se mataban en Crimea como se mataban antes en otros sitios: una escuadra numerosa y fuerte destruyó á otra pequeña y débil por los métodos ordinarios: un ejército de 400,000 hombres puso sitio á una plaza, que al cabo de veinte y tres meses se asaltó en la forma de los asaltos comunes: la flota mayor que ha azotado las aguas bombardeó lisa y llanamente ciudades de las costas, y bloqueó, hasta donde el número de embarcaciones pudo alcanzar, las zonas enemigas. Esto en cuanto á resultados públicos: que por lo que hace á los secretos, las revelaciones últimas de la administración y almirantazgo de Inglaterra nos han demostrado que los ejércitos de las primeras potencias casi se murieron de hambre, y que sus buques novísimos se hubieran ido á pique si la necesidad les hubiese obligado á disparar sus cañones. ¿Dónde es-

taban pues aquellas armas extrañas, aquellos procedimientos mágicos, aquellas misteriosas adquisiciones que habían de asombrar al mundo? Nosotros lo diremos delante de la Exposición de Londres y con los ojos de la filosofía.

Para ser poderosos en la tierra no se necesita mas que una de dos cosas: ó serlo, ó parecerlo; ó disponer verdaderamente de recursos superiores á los de los demás, ó conseguir que todo el mundo crea que se dispone de ellos. Este método, que en la vida del individuo hace de un hombre medianamente acaudalado un banquero opulento, de un militar vulgar un héroe, de un profesor estudioso un sabio, y á veces hasta de un malvado un varón justo, y de un ignorante un genio; este método aplicado á la vida de las naciones, puede hacer poderosa a la que no es mas que respetable, invencible a la que no fué mas que vencedora, y hasta dar el dominio del mundo á quien con dificultad conservaría en ocasiones difíciles el predominio de su casa. La cuestión de este método está en la prueba; y como la prueba en asuntos que la generalidad de las gentes cree probados es punto poco menos que imposible, de aquí el que, una vez conseguida la fama, sustituya esta perfectamente á los verdaderos fundamentos sobre que debió asentarse, y sean los recursos, que llamaremos de ilusión, recursos tan útiles como los de hecho.

Además, los pueblos para ser grandes necesitan, como los individuos, principiarse por parecerse grandes á sí propios; de manera que uno de los elementos principales de la grandeza de las naciones consiste en conservar dentro de la nación misma cierta dosis de infatuación, cierta atmósfera de soberbia y confianza en los recursos, que induzca á los hombres a no temer los peligros ó arrojarlos ciegamente en ellos, confiados en la superioridad, siquiera sea ilusoria, de su poder. No otra cosa es en tésis filosófica el principio de autoridad, entre cuyas prerogativas vemos la de que un solo hombre, de carne y hueso como los otros, adquiere tal predominio sobre todos, que no solo los gobierna y dirige a la manera de su antojo, sino que á veces los tiranice y destruya en alas de una despótica barbarie, sin que haya quien le oponga mas correctivo que el de la humilde murmuración en el secreto de su conciencia.

Pues bien: los hombres de entendimiento superior, esos hombres que gobiernan el mundo sin que el mundo sospeche que es gobernado por ellos; esos hombres, á quienes las multitudes suelen no admirar bastante, porque las multitudes no conocen las infinitas distancias que median desde una vulgar inteligencia á otra inspirada y sublime; esos hombres saben producir, con una sola palabra, con una leve idea, efectos extraordinarios, que revestidos después de formas públicas, adquieren el carácter de cualidades generales de los pueblos. Una frase, al parecer insignificante, un accidente exterior basta en ciertas ocasiones para dirigir masas humanas hacia un punto de que ellas permanecerían distantes, ó para hacerlas creer que nace de pensamientos propios la resolución tomada por extraños pensamientos. Así los agitadores políticos y los grandes guerreros, desde Demóstenes hasta Napoleón, desde César hasta O'Connell, enloquecieron siempre á su auditorio y arrastraron las masas hasta donde sus cálculos las querían llevar, con sutiles é ingeniosos conceptos expresados en ocasiones críticas como eco de los mismos a quienes real y verdaderamente imponían.

El hombre, por otra parte, y esto es lo principal en la ocasión presente, posee una irresistible tendencia á lo maravilloso, que permite jugar con su entendimiento, aun cuando este sea claro y agudo, en términos de que basta un tinte de sobrenatural vislumbre para desvanecer la vista mas acostumbrada á lógicas percepciones. Y si ello es fácil cuando se trata del hombre aislado, mucho mas sencillo es todavía cuando se trata de fanatizar á la multitud, ávida siempre de ideas que traspasen los límites de lo ordinario; tanto mas, si las ideas halagan sus instintos patrióticos ó contribuyen á promover un elevado concepto nacional.

Hemos discurrido así, para que no se extrañen las conclusiones que del somero examen de las armas de la guerra vamos á deducir, guiados del espíritu imparcial que nos proporciona nuestra levita de paisano, y el escaso calor que nos comunican siempre los asuntos en que se tercia la fantasmagoría. Ante todo necesitamos referir un poquito de historia.

Hace poco tiempo que los ingenieros franceses, ó el emperador mismo en persona, que esto importa nada, concibieron el proyecto de construir un barco de guerra cubierto con enormes planchas de hierro que le hicieran impenetrable á las balas, y provisto de un arte destructor, que sin alterar las condiciones marinerías del buque, le permitiese arrojar sobre un barco ordinario y hacerlo trizas al solo impulso de su fuerza material. La *Gloire*, que este era el nombre del nuevo buque, se puso por obra en el instante: pero como los ingleses habían desdeñado ya ideas parecidas, y el barco á mayor abundamiento se construía en Francia; es decir, como la idea después de no ser inglesa era francesa, que son las dos grandes faltas que para los isleños puede tener cualquiera idea, se desataron mil voces, científicas las unas, políticas las otras, y voces altas todas, anatematizando un proyecto que tachaban de oneroso, de irrealizable y de bárbaro. La *Gloria* se iría á pique al botarla al agua; la *Gloria* no andaría; la *Gloria* no podría disparar tiros; la *Gloria* sería vulnerable; la *Gloria* no destruiría los buques enemigos; la *Gloria* costaría tesoros inmensos; la *Gloria*, en fin, era un disparate.

Pero la fragata *Gloria*, construida en brevisimo tiempo, cayó al agua y no se partió; encendió sus calderas

y anduvo bien; recibió balas rasas y se rió de ellas; enfiló por el costado á un navio de línea, y lo hizo dos pedazos como revanada de queso; salió por fin á los mares y cantó victoria. Entonces la escena varió de improviso para los ingleses. La minoría, que antes apedreaba proyectos parecidos al francés, gritó ahora desafortadamente contra el torpe gobierno que tenía oídos y no había querido oír, que tenía ojos y no había querido ver. Inglaterra estaba desarmada, vencida, humillada, y lo que es peor, escarnecida por Francia, quien á su predominio de la tierra había conseguido unir el predominio sobre el mar. Ese desembarco de zuavos con que los ingleses sueñan todas las noches era ya justificado é inminente: el ministerio se había hecho reo de alta traición.

Los ecos de la opinión pública, expresados con tal violencia, se dejaron oír, como sucede, primero en el gobierno, después en el almirantazgo: los arsenales de Inglaterra recibieron órdenes de improvisar escuadras blindadas; los armadores particulares encargo para construir; los ingenieros y proyectistas estímulo para inventar. Era menester que los navios ingleses, á mas de tres en número para cada francés, tuvieran excelencias nunca soñadas ni realizables por los galos: era preciso que la ilusión perdida se reconquistase; que el desaliento naciente se convirtiera en pujante y ardoroso brio. Se votaron crecidas sumas; se hicieron dispendiosas ofertas; se restableció la tranquilidad y la confianza. Pero apenas los efectos de esta reacción principiaban á tocarse, un nuevo golpe vino á herir la susceptibilidad marítima de Inglaterra.

Un ingeniero inglés, poco atendido y considerado en su patria, puso al servicio del gobierno anglo-americano, á la sazón ya en guerra civil, cierto mecanismo diabólico, por medio del cual un buque de hierro casi sumergido partía veloz las ondas, y yendo contra los mas fuertes navios, los echaba á pique sin recibir por su parte lesión alguna. M. Ericsson destruía instantáneamente con su *Monitor* nada menos que el famoso *Merrimac*, como si dijéramos, la *Gloria* de Francia ó el *Invencible* de Inglaterra. Nuevo desaliento, nuevo clamor, nuevos reproches. Una nación nacida ayer mañana, y otra capaz apenas para la bisutería y objetos de tocador, ponían en tortura á la temible, á la grande, á la sin igual Inglaterra; y ¿en qué ramo precisamente? En el que nadie se hubiera atrevido á disputarle jamás. ¿Qué hacer en medio de tales complicaciones? ¿Qué partido tomar contra los extraños? ¿A qué expediente recurrir en favor de los propios? El gobierno inglés, perplejo ante una situación verdaderamente difícil y comprometida; el gobierno inglés de frac negro y corbata blanca; el gobierno inglés hábil y diplomático, decimos, no el militar ni marino, se vió en la precisión de inventar alguna cosa, é inventó el cañón Armstrong. El cañón Armstrong pues no es mas que el arma moral de que se ha valido el gobierno de Inglaterra para contrarrestar el imponente influjo que de poco tiempo á esta parte venían ejerciendo sobre la política de su país las invenciones militares de los demás pueblos del mundo. El cañón Armstrong no existe.

Atrevida pareciera, y es en efecto, la proposición que acabamos de escribir: pero á poco de paciencia que el lector nos otorgue, esperamos satisfacer todos sus escrúpulos de incredulidad.

Principiaremos por decir que hemos tenido el honor de conocer personalmente á mister Armstrong, que hemos visto el modelo de sus cañones, que conocemos su fábrica, que hemos tocado sus armas enteras y partidas, que hemos contemplado el escudo de nobleza que el gobierno de su país le ha concedido, que hemos visto su semi-palacio y sus trenes, y por último, que una circunstancia casual nos hizo compartir con él la atención entusiasta de la mejor sociedad inglesa, cuando al entrar juntos en un gran baile, el vocinglero pronunció su nombre.

No tendremos por consiguiente necesidad de explicar el sentido en que hemos dicho que esos célebres cañones no existen, y mucho menos de encarecer la inmensa importancia que el gobierno y los hombres de Inglaterra han concedido al afortunado inventor de las grandes armas de combate.

El arma Armstrong (y cuenta que no vamos á describir en son de artillero las máquinas de guerra) es un cañón enorme, liso cuando se imaginó, rayado después, que se carga por detrás y despide á considerable distancia, merced á dos arrobas de pólvora, un enorme proyectil macizo que destruye puertos como el de Cherburgo, fortificaciones como la de Amberes, corazas como la de la *Gloria*, y torres giratorias como la del *Monitor*. M. Armstrong es un ingeniero civil de gran talento, de profunda instrucción, de envidiable inventiva, que se propuso desde el retiro de su gabinete salvar á Inglaterra en esa lucha de pugilato militar á que las naciones se presentaban dispuestas durante estos últimos años. Hasta qué punto lo ha conseguido, los hombres de la ciencia están contestes en afirmarlo; su cañón es ingenioso, el mecanismo fácil, la exactitud suma, la fuerza considerable, la cualidad destructora infinita; nada le falta al cañón para ser lo que él ha dicho que es, lo que el pueblo inglés se figura, lo que el arte de la guerra esperaba. Lord Palmerston (que es de quien verdaderamente debía llevar el nombre esta mortífera máquina) no ha hecho traición á sus compatriotas anunciándoles que la Inglaterra posee el talisman de su antiguo poder, ni en otorgar al inventor los títulos y preeminencias que se le han otorgado, ni en concederle subvenciones como hasta ahora, que exceden de 10 millones de reales: sino que por el contrario, merece el título

que el vulgo inglés le da de rey-Palmerston, por el sagaz instinto con que se agarró al arma dichosa desde el instante en que la vió batida. ¿Cómo amalgamar entonces, se dirá, estas y las anteriores especies? ¿Existe ese cañón, ó no existe? ¿Vale, ó no vale?

Hé aquí los verdaderos términos del problema. El cañón Armstrong es un arma de precisión matemática que necesita proyectil especial, pólvora especial, base de sustentación especial, artilleros especiales, y objeto especial donde dirigir sus tiros. Faltándole alguna de estas circunstancias, es no solamente inútil, sino temible y embarazoso.

El cañón Armstrong exige un costo inmenso por su construcción primeramente, por sus pertrechos después, por la enorme masa móvil que representa, por la brevedad con que se gasta, y por la frecuencia con que se destruye. Un arma de estas, cuyo precio no baja de diez mil duros, puede calcularse que se eleva al quintuplo, cuando desechadas dos de cada tres, y destruidas una de cada dos en las pruebas, queda un cañón de cinco, lo cual, sea dicho de paso, no se ha conseguido hasta ahora.

El cañón Armstrong no puede reponerse con otro de reserva, atendidos su volumen y peso; de modo, que ó se dispara hasta que revienta y cause a los propios mayores perjuicios que a los extraños, ó hay que renunciar cuidadosamente á sus fuegos en la ocasión tal vez mas perentoria. Una diversion estratégica por lo mismo haría que la mas endeble cañonera de mar se burlase de una fragata Armstrong, con solo dejarla inutilizar sus cañones.

El cañón Armstrong no puede ser recompuesto ni arreglado cuando se desperfecciona; y así como los cañones vulgares después de desmontados y aun mutilados ofrecen el recurso de variar su forma de posición y seguir prestando servicio, el Armstrong tiene tanto que temer de sus artilleros como de sus contrarios; y una vez alterada su matemática exactitud, no sirve mas que de estorbo.

A estas nulidades de primer orden hay que añadir las que no por ser de menos bulto deben dejarse de tomar en cuenta. La multiplicación del volumen y peso del arma Armstrong puede llegar sin duda á producir grandes efectos de destrucción; pero como el arma ha de usarse especialmente en el mar, y las construcciones navales tienen un límite de tamaño y de resistencia, hay que disminuir el número de armas á medida que se aumente su poder. Un navio moderno de los mas fuertes no puede llevar hoy mas que dos cañones Armstrong en batería, y claro es que hay mayor peligro en que se utilicen dos armas delicadas que 131 groseras. El barco que admitiese (los marinos ingleses se niegan á admitirlos) cañones Armstrong en sus puentes, no llevaría ya el peligro de las tempestades, ni el de los esco-

llos, ni el de los enemigos, sino el de los cañones. «Dadnos enemigos sanguinarios y poderosos que combatir (dicen los marinos de guerra); pero no nos metais el enemigo Armstrong en nuestra débil casa.»

En efecto, cada vez que revienta un cañón de esta clase en las infinitas y costosas experiencias que de tres años á esta parte vienen haciéndose, espantan los destrozos de hombres y de objetos que ocasiona. Ello es verdad que cuando sale el tiro taladra las planchas de los buques, destroza las fortificaciones, arrasaria los ejércitos; pero ¿hay seguridad de que el tiro salga? ¿No taladra también, cuando deja de salir, la plancha del barco propio y destroza las fortificaciones que defiende, y arrasaria los ejércitos que acaudilla?

En el arsenal de Woolwich se enseña todavía á los curiosos el famoso mortero de Mallet, que fué construido con un gasto de ocho millones, para arrojar bombas de 26 quintales de peso; el cual, inutilizado á las primeras pruebas, no sirvió mas que para hacer ruido en el mundo político y para causar espanto hoy á las multitudes ignorantes que forman corro á la bomba en el palacio de la Exposición. Una cosa semejante nos tememos nosotros que suceda con el cañón Armstrong, con ese bú del gobierno inglés, en cuya laboriosa composición se llevan gastados 15 millones de duros, sin que apenas existan todavía arriba de quince piezas disponibles.

El cañón Armstrong, repetimos, es un cañón moral que lord Palmerston tiene sobre la mesa de su gabinete, para no permitir que se envalentonen Francia con su *Gloria*, América con su *Monitor*, Austria con su cuadrilátero, y Prusia, Italia y España con sus cazadores. El cañón Armstrong es un cañón moral que lord Palmerston enseña todas las mañanas á los ingleses para que tengan confianza en si mismos, para que desprecien las bravatas de las naciones rivales, para que en un día dado se arrojen á las armas, como se arrojarían todos indudablemente en defensa de esa isla tan codiciada, tan temida y tan poco apreciada por la Europa. El agitador Kossuth hacia leer por la noche á sus húngaros de 1848 la historia de la independencia de España, para que al amanecer se echasen sobre los austriacos: el diplomático lord Palmerston hace oír por las mañanas á los voluntarios de Londres los disparos del cañón monstruo, para que á la tarde se acuesten tranquilos, y aquella lectura y este tronar son la misma cosa.

Ahora bien: mientras el arma primordial del que llamaremos moderno romanticismo de la guerra, sea como nosotros creemos firmemente, y con nosotros los hombres entendidos en la materia, esa brillante juventud que el gobierno español tiene en Londres observando los movimientos del arte militar terrestre y marítimo; mientras el arma modelo de todas sea, decimos, un descubrimiento, que á pesar de los tesoros y el tiempo tras-

currido, no pasa todavía de la categoría de ensayo; mientras se hacen evoluciones científicas é industriales para alinear un cañón que hoy no se parece en nada al cañón que nos asustó tres años hace, lo cual prueba que el susto fué perfectamente gratuito; mientras otras razones de mas peso que las diplomáticas y de efecto moral no justifiquen las ventajas que los armamentos novísimos puedan tener para el ataque y defensa de las naciones, ¿será cuerdo, será prudente, será patriótico invertir los recursos del presupuesto, separar de las empresas útiles y reproductivas los enormes capitales que exigen esos decantados inventos, nacidos tal vez hoy para morir mañana? ¿Habrá hombre reflexivo y prudente que se deje arrastrar por la falsa conveniencia de una idea emitida allí donde hace falta, aclimatada donde es útil, sostenida á toda costa en los países donde puede ser necesaria, pero absolutamente estéril para las naciones que ni llevan ni les acomoda llevar la primacía en los destinos del mundo?

Tales son las consideraciones sobre que nosotros queremos hacer fijar la atención con este estudio, que hoy vamos á suspender, no sin reservarnos para un próximo día el examen de las otras armas de la guerra, y lo mucho que puede y debe decirse sobre la magna cuestión económica de los armamentos navales.

El brigandaje en la Italia meridional

(antiguo reino de las Dos Sicilias).

ESTADO ACTUAL DE LAS PROVINCIAS.

Abruzzo ulteriore 2ª. — Aquila, capital.

Las montañas que dominan a Sora sirven de guarida á los bandidos de Chiavone, y de allí se esparcen por los dos Abruzzos superiores y por la tierra de Labor. — Otra cuadrilla procedente de Molise, ocupa el Este y el Sur de la provincia.

Abruzzo ulteriore 1ª. — Teramo, capital.

Una cuadrilla numerosa se encuentra al Norte de la provincia; los chivonistas se muestran al Oeste.

Abruzzo citeriore. — Chieti, capital.

Tamborini domina el país al Este y al Oeste de Chieti. — Varias cuadrillas procedentes de los Abruzzos y de Molise amenazan las ciudades del interior y se extienden al Sur.

Molise. — Campobasso, capital.

Toda la comarca de Campobasso está infestada de brigantes: Ulpiano está al N. E., Varanelli al Sur. — Algunos bandidos de la cuadrilla de Crocco, procedentes de la Basilicata, se han esparcido al Este y comunican con los Abruzzos.

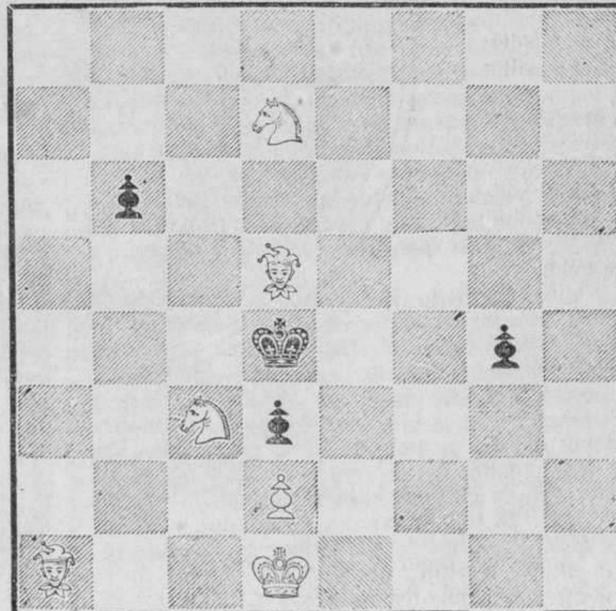
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 33.

- | | |
|------------------|-------------|
| 1 A 4ª CRª jaque | P cubre (a) |
| 2 Ra come C | R come Ra |
| 3 TRª cubre AR | |
| 4 T mate | |
| | (a) cubre |
| 2 T cubre AR | TR cubre R |
| 3 TRª jaque | T cubre |
| 4 Ra come T | mate. |

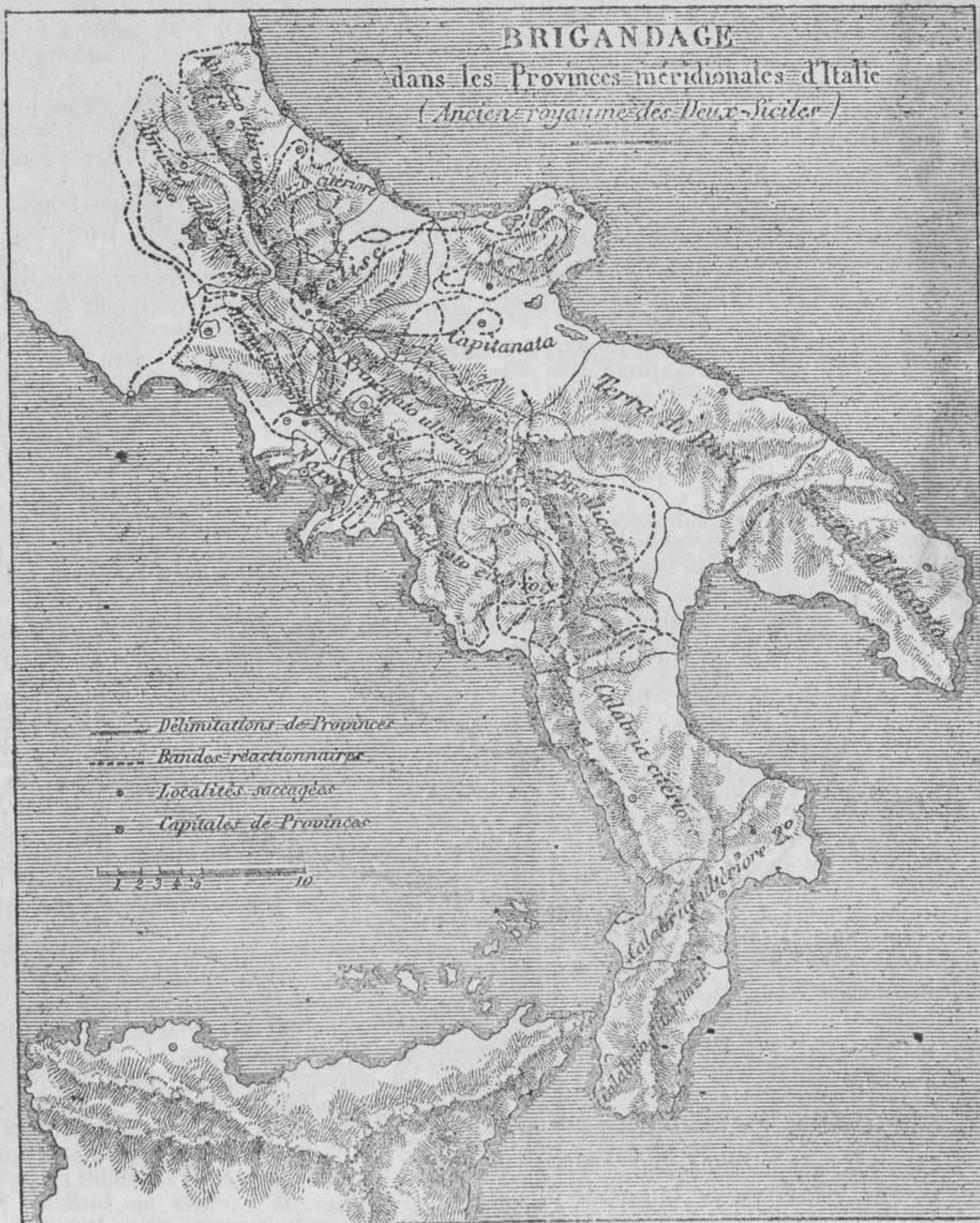
PROBLEMA NUM. 34, POR M. GROSDEMANGE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.



El brigandaje en las provincias meridionales de Italia.



TEATRO IMPERIAL DEL ODEON. — El Mariage de Vadé, acto II, escena 9ª. — (Véase la Revista de Paris.)

Capitanata. — Foggia, capital.

La mayor parte de las cuadrillas de la Capitanata proceden del promontorio de Gargano. Las unas, mandadas por Caruso y Coppa, desolan los distritos del Norte; las otras, á las órdenes de Ninco Nanco y de Varanelli, arruinan el interior del país. Todo el N. O. está devastado por Canonne di Larino; el S. O. por Petruzzi. — Las bandas de la Basilicata se extienden del Sur al centro de la provincia.

Basilicata. — Potenza, capital.

Las cuadrillas de Saravalle y de Calvacante han cercado importantes localidades al Este, al centro y al Sur de la provincia. — Scalieri y Tamborini están al S. O. — Las bandas de Crocco y de Donatelli, á las cuales se reúnen también las de Ninco Nanco, Caruso y Coppa, suben por la misma parte y amenazan á Potenza y a las principales poblaciones del Norte.

Principato citeriore. — Salerno, capital.

La cordillera de montañas que se extiende del cabo Campanella al centro de la Basilicata y separa el principado citerior de la provincia de Nápoles y del principado ulterior, es el refugio de las bandas de Pylone, de Varone y de Diaboleto, con las cuales se suelen juntar las de Petruzzi. Todas las pequeñas localidades del vertiente meridional de esta cordillera han sido saqueadas ó desarmadas. La banda Tardie, despues del golpe de mano contra Vallo, invadió muchas poblaciones del Mediodía, y dividiéndose despues, una parte se fué al interior y otra se dirigió al Este hácia el monte Cervaro.

Principato ulteriore. — Avellino, capital.

Todas las localidades contiguas á Benevento están en poder del brigandaje. Las cuadrillas de la Capitanata surcan el principado del Este al Oeste; las de Cianci y de Raffaello di Bernardino están en torno de Avellino. Todo el Este de la provincia se halla devastado por fracciones de partidas destacadas de las bandas de Chia-vone, Ninco Nanco, Caruso, Coppa, Agostino, Crocco, Aruce, Sacchetelli y Petruzzi.

Terra di Lavoro. — Caserta, capital.

Al Norte frecuentes incursiones de los bandidos de Chiavone y de Tamborini; los de Cipriano della Gala si-

guen al Oeste la frontera y la costa, y al Este se reúnen con las bandas que llegan por esa parte y se acercan á la provincia de Nápoles.

Provincia di Napoli.

Es evidente ahora que las cuadrillas tratan de rodear la capital, y han estado á punto de conseguir su objeto: les han visto á las puertas de Castellamare, cerca del Vesubio, y en Afragola, pueblo de diez y seis mil habitantes, á cinco millas de Nápoles.

Tal es el estado del país que acabo de estudiar á fondo.

Diez provincias de quince se hallan infestadas de bandidos, y las que en parte se han librado del azote son las tres Calabrias, la tierra de Barri y la tierra de Otranto.

No se trata pues del brigandaje ordinario, pues este entregado á sí mismo estaría aniquilado hace tiempo, en tanto que el brigandaje político lucha desde hace dos años contra las fuerzas activas de la revolucion y contra un ejército de ciento siete batallones. Por consiguiente tiene un apoyo en el país. Algunas palabras explicarán la situación.

Todos los hombres ricos comprometidos en los sucesos políticos desde el principio del siglo, republicanos, muratistas, carbonari y mazzinianos, han debido retirarse á las provincias, donde convertidos en propieta-

ejercer rapiñas ó venganzas, y se retiran ante la fuerza armada. Cada jefe de partida obra así por su propia cuenta, y la bandera solo sirve para cubrir las fechorías.

Las poblaciones rurales son, por el contrario, fieles á las tradiciones del pasado; pero pobres, ignorantes, y por esto mismo hostiles á los nuevos ricos, ayudan á los que las despojan, y dan á esta lucha las proporciones de una guerra civil.

El brigandaje procede por la ruina y la destruccion contra los hacendados liberales, y estos, refugiados en la guardia nacional y sostenidos por las bayonetas piamontesas, emplean a su vez terribles represalias. Diez y seis poblaciones han sido saqueadas como plazas tomadas por asalto. Hé aqui los nombres de estas localidades con la cifra de su poblacion:

Provincia Molise: Guaricia regia (1,322); Campochiaro (979); Casalduni (3,033); Ponte-Landolfo (3,917). **Capitanata:** Viesti (5,417); San-Macoin-Lamis (10,612); Rignano (1,814); **Basilicata:** Veinosa (5,953); Bari (3,400). **Principato citeriore:** Auletta (2,023); Eboli (4,175). **Principato ulteriore:** Montifalcione (2,618); Monteverde (1,988). **Terra di Lavoro:** Vico (731). **Calabria ulteriore 2ª:** Cotronei (1,089); Spinello (260).

Pero si el brigandaje está en las provincias, también se halla en Nápoles, en donde todas las existencias están comprometidas, donde los asesinatos se cometen en la calle en medio del día. Un órgano de la oposicion liberal decia últimamente hablando de la camorra, asociación de miles de asesinos: *Vigili il governo che la camorra è son flagillo peggiore del brigantaggio*. El gobierno no ha tomado aun mas que medidas á medias, pues preciso es confesar, para vergüenza del país, que los camorristas ladrones y asesinos son también instrumentos políticos; en 1848 sostuvieron el trono contra la revolucion;

en 1860 dieron también la mano á los garibaldinos contra el rey, y hoy son mazzinianos. Hé ahí las dos clases de brigantes que desolan las provincias meridionales del reino de Italia; y esas dos llagas sociales solo podrán curarse cuando se pase sobre ellas el escalpelo.

L. B.



Medalla de la Exposicion universal de Lóndres.



rios, forman los elementos heterogéneos del partido liberal. El brigandaje, al atacar á este partido, ha tomado necesariamente el carácter de una reaccion, pero sin organizacion militar, sin plan de campaña, sin unidad de accion; cinco ó seis mil facciosos dispersados por las montañas salen furtivamente de sus guardias para